

DR. JUAN BOSCH MILLARES

MIEMBRO CORRESPONDIENTE DE LAS REALES ACADEMIAS DE MEDICINA Y DE LA HISTORIA

DON AGUSTIN MILLARES TORRES

SU VIDA Y SU OBRA

COMO

COMPOSITOR, NOVELISTA E HISTORIADOR

PRIMER PREMIO DEL CONCURSO CELEBRADO POR LA SOCIEDAD
EL GABINETE LITERARIO DE LAS PALMAS DE GRAN CANARIA

SOBRE

«MONOGRAFÍA DE AUTORES LITERARIOS CANARIOS DEL SIGLO XIX»

EDICIONES
GABINETE LITERARIO
AÑO, 1959

DEPÓSITO LEGAL G. C. 6 — LAS PALMAS DE GRAN CANARIA, 1960

A mi hijo Orencio

INTRODUCCION

El Gabinete Literario de Las Palmas de Gran Canaria, sociedad de artes y letras, que ha vivido vinculada a la historia de Gran Canaria, desde el año 1844 en que fué creada por un grupo de patricios, convocó, hace meses, un concurso de monografías de autores literarios canarios del siglo XIX, para dar a conocer la vida y la obra de aquellas figuras de nuestra tierra, que tanto enaltecieron y siguen enaltecendo a la isla que les vió nacer.

Es sabido por todos los que hemos sentido transcurrir con deleite, las horas dedicadas a la lectura de las páginas de nuestra historia, que en bastantes ocasiones hemos detenido la vista y concentrado el pensamiento, en las personas extraordinarias que han sabido destacarse, con luz propia, en las rutas que les marcó el Destino. Y es tanto más de destacar el hecho, cuanto que seguimos sin explicarnos las causas por las que han permanecido y siguen permaneciendo en el silencio y hasta en el olvido, hombres que en el terreno científico y literario, han merecido y son merecedores de ser conocidos por las generaciones actuales.

De ahí que hayan sido juzgados con los más cálidos elogios y las más preciadas alabanzas, los acuerdos tomados por las Corporaciones y Sociedades culturales de la Isla, al tratar de poner al alcance del pueblo los medios necesarios para que el paso por la tierra de estos canarios beneméritos, sea por todos, intensamente conocida. De esta manera se evita, como dijo Cajal, que las aguas llevadas por los ríos se pierdan en el mar y que las inteligencias que los hombres poseen se pierdan en la ignorancia. No de otra manera están obligados los

que dirigen la administración y la vida espiritual de los pueblos, a saldar sus cuentas con la historia, sabiendo que es ella, al fin y a la postre, el mejor juez de la labor llevada a cabo y el mejor testigo de la responsabilidad alcanzada en el cumplimiento de su deber.

Por ello, la prestigiosa y centenaria Sociedad «El Gabinete Literario de Las Palmas de Gran Canaria», al convocar el concurso celebrado y juzgado a que antes me referí, abrió las puertas a todos aquellos estudiosos, que conocedores de la profunda huella que han trazado en su camino alguna de aquellas figuras, no han dudado en darla a conocer, a los que de cerca o de lejos sienten inquietudes por estos trabajos. En estas circunstancias, acudí al mismo, con el estudio biográfico de mi abuelo materno, D. Agustín Millares Torres, uno de los hombres más extraordinarios por su inteligencia y amor al trabajo, que vivieron en los tres últimos tercios del siglo antes mencionado. Su obra polifacética, ignorada por la mayor parte de los ciudadanos, a pesar de su extensión, no debe continuar en el secreto de los anaqueles, ni en el regazo de los que sentimos admiración por estas personas. Al ser premiada, hice realidad la ocasión que me depara hoy la respetada sociedad, de hacer llegar a conocimiento del lector, cuanto hizo este hombre en el siglo pasado, donde su espíritu romántico persistió en un medio ambiente, en el que la juventud llegó a perder el gusto y la esperanza y en el que la justicia de los hombres dejó pasar a la de Dios, que es, en fin de cuentas, la que nos guía llevándonos por el camino de la Verdad.

Al enfrentarme con su historia, lo hice atraído por su talento y por el cariño que supieron inculcarme los míos, cuando a él se referían, pues no tuve el consuelo de tratarlo y mis recuerdos de la niñez son casi nulos. Por ello, no puede extrañar al lector que haya puesto en la blancura de estas cuartillas, el mismo calor que se siente cuando tocamos nuestra propia carne, ya que Millares Torres, historiador, poeta, novelista, músico, publicista y notario, fué el más fecundo de los escritores canarios

que se extinguió, con serenidad majestuosa y grandeza de patriarca bíblico, tras una larga vida consagrada al bien, la virtud, el trabajo, el amor de su familia y de la patria, pues representó en la ciudad, el espíritu, la fé, el ideal, un ejemplo vivo de lo que pueden el entusiasmo y la constancia puestas al servicio de las ideas y una enérgica y fecunda afirmación, frente al descreimiento que existía en la misma.

DON AGUSTIN MILLARES TORRES

Su vida y su obra como compositor, novelista e historiador

La Ciudad del Real de Las Palmas, nació dentro de la Isla de Canaria en una superficie cuadrada, limitada al Oeste por montañas abruptas y rocosas, al Este por el extenso mar, azul y sonoro que la baña y al Norte y Sur por dos anchas y curvadas murallas que se extendían desde las orillas del Atlántico hasta las partes más altas de aquellas. Atravesada su superficie por el barranco Guinguada, la vista de sus habitantes se extasiaba, contemplando el verdor de las laderas y la verticalidad de las palmeras buscando siempre las entrañas del cielo.

En este recinto durmió la Ciudad lustros y lustros, despertando su sueño, cada día, el sol luminoso que aparecía en el horizonte enviando hálitos de vida a todos sus habitantes, los cuales gozaban de aquella soledad y su silencio tiempos y tiempos, mientras no eran interrumpidos por el toque de las campanas de las iglesias, cuando anunciaban la llegada al Puerto de las Isletas, de un navío desconocido, o asomaban en la lejanía los barcos de otras naciones.

Las murallas que circundaban a la ciudad persistieron valerosamente las invasiones de la piratería y fueron poco a poco resquebrajándose, como la fruta al secarse, cansados de resistir el peso de los años, los embates de la lluvia, la metralla enemiga y los progresos de la civilización. Ello dió lugar a que a mediados del siglo XIX se rompiera el perímetro histórico de la misma, inconvencible hasta entonces, y se produjera la ampliación del caserío mediante el espíritu reformador y constructor que supo imponer Carlos III a toda la nación, y a la serie de obras que los Obispos celosos y regidores de la isla emprendieron en Las Palmas, entre los cuales hemos de mencionar, por la labor efectuada, a Eguiluz, Cano, Servera, Herrera, Plaza, Tavira y Verdugo.

En este siglo se proyectó y llevó a cabo la Calzada, empedrado y pretilos del camino que subía desde la ermita de San Nicolás, dentro de la ciudad, al Castillo del Rey situado sobre la montaña, el paseo que se extendía desde dicha ermita rumbo al Norte, hasta la Casa Mata, edificada al pie de la llamada Montaña de San Francisco y el que bajaba desde la expresada fortaleza hasta la Alameda de San Telmo, en el barrio de Triana, conocido con el nombre de Paseo de los Castillos.

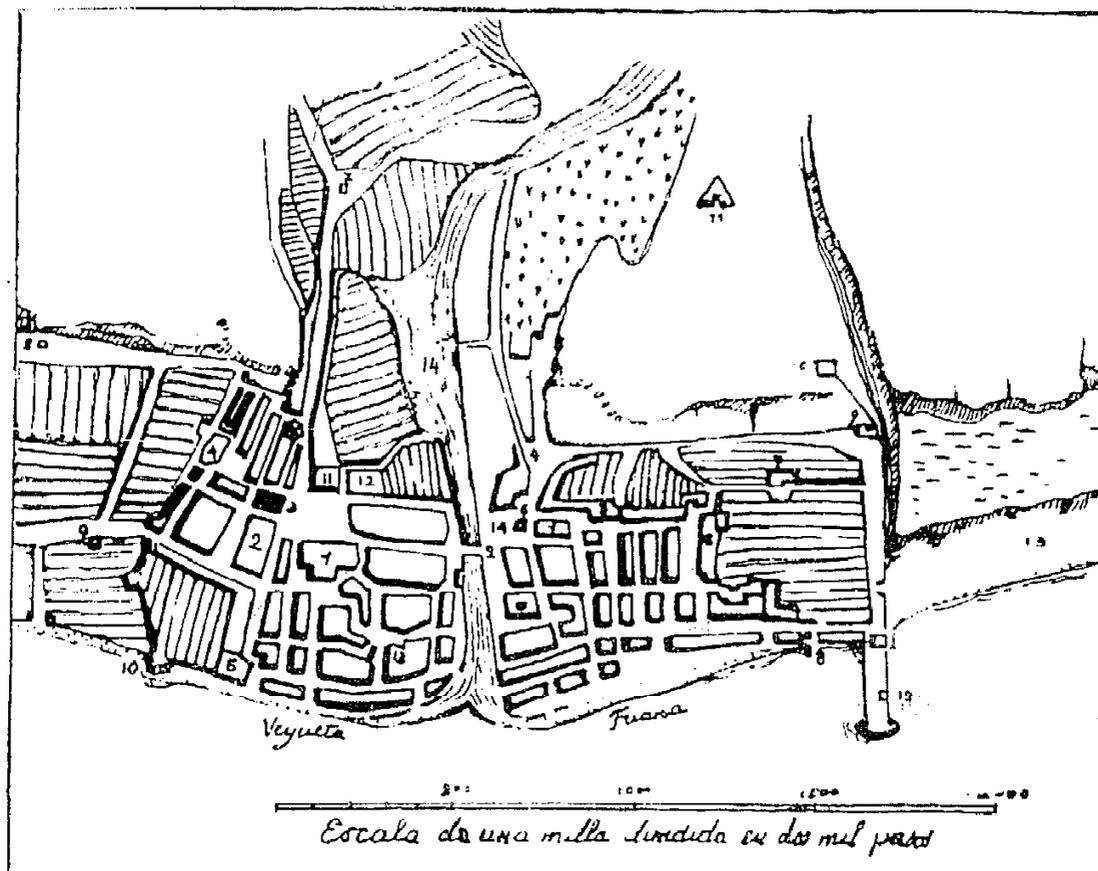
Habían transcurrido tres y medios siglos largos desde la fundación del Real de Las Palmas y aun conservaba ésta la arquitectura externa de los primeros tiempos. Calles en su mayoría estrechas y tortuosas, donde la luz del día entraba temerosa, formadas por casas pequeñas, (algunas tan bajas que hacían fácil el acceso de la mano del hombre para tocar sus azoteas), y por otras de mayores dimensiones, construidas de dos pisos, que sin conservar en sus frontis la matemática distribución de sus ventanas y puertas, aparecían ante los ojos del observador con el mismo encanto y aspecto que da la desigual armonía existente entre una ventana pequeña desvencijada y cerrada por su reja y otra de más amplias dimensiones, cerrada también por un balcón de madera de tea, donde se ocultaba la novia, mientras esperaba oír el taconeo de su doncel en el silencio de las noches africanas. De estas casas partían canalones de cantería, que en los días de lluvia conducían el agua recogida en las azoteas al centro de las calles, para convertir en fango su lecho llenándolas de residuos hasta dar aspecto arrabalesco a la Ciudad, la que poseyendo muy pocos paseos y careciendo de alumbrado público, sumía en el aislamiento absoluto a todo el vecindario después de los toques de oración.

Sin embargo, la ciudad tenía su personalidad característica alimentada y sostenida por el alma de sus barrios, Vegueta y Triana, separados por el barranco Guinguada. El primero, más pequeño en extensión, guardaba la historia primitiva de la Conquista, traducida en su Catedral gótica, Palacio de Justicia, Palacio Episcopal, Casa de Canónigos, de los Cabildos y de los grandes propietarios de la isla. En él, las familias descendientes de los primitivos pobladores, conservaron la prestancia señorial del ademán y gesto aristocrático, poniendo en la indumentaria de sus domicilios los cuadros de su linaje, los abanicos entrecalados abiertos y expuestos en las vitrinas como recuerdo de las fiestas onomásticas y las miniaturas, reveladoras de vidas pasadas, colgadas de las paredes o en perpetua vigilancia sobre la mesa de tea. Entre tanto cruzaban con sigilo, por las calles silenciosas y estrechas, los sacerdotes con sus sombreros de teja

y las damas con sus velos cubriendo la rizada cabellera o llevando sobre su pecho, para señalar el contorno de su cara, la histórica mantilla canaria.

Todo este silencio que hacía resonar los pasos del caminante, vigilado por el bello sexo desde el interior de las casas a través de las ventanas entreabiertas con disimulo, era alterado por el campaneo melodioso de nuestra Catedral, secundado por el que lanzaban, desde sus torres, la parroquia del Sagrario, las ermitas del Espíritu Santo y San Antonio Abad y las más silenciosas de los conventos de Monjas Descalzas, Santo Domingo y San Agustín.

El barrio de Vegueta limitado al Norte por el barranco, lo estaba al Sur por la muralla referida y a poca distancia de su portada, la ermita de San José y un grupo numeroso de casas que conducían al Cementerio protestante. Desde estas casas se veía a lo lejos, bañado por el mar y aislado por la campiña, un conjunto de nichos y cruces clavados en la tierra, testigos del sueño eterno de nuestros hermanos. Aquel Santuario de la muerte, más tarde Cementerio Municipal, donde reposaron los



*Plano de la Ciudad de Las Palmas a mediados del siglo XIX,
por Antonio Pereira Pacheco.*

cuerpos de nuestros ascendientes y hoy guarda la de nuestros seres más queridos, fué teatro de las más trágicas escenas que durante la epidemia de cólera se sucedieron en la Ciudad. ¡Cuántas lágrimas humedecieron aquellas tierras azotadas por el viento y cuántos días sombríos se vivieron mientras se oyó la voz del sacerdote pregonando el ¡paz a los muertos!

El barrio de Triana algo mayor en extensión, con pretensiones de modernismo, era más inquieto, vibrante y la vida bullía en él, como si fuera la propia juventud. Por él penetraba en la ciudad la civilización, que llegaba traducida en las noticias y comercio a través de los barcos que acudían desde Europa, Africa y América. Por sus calles más anchas y llenas de luz, traficaban los comerciantes, los artesanos y cuantas personas trabajaban para ganarse la vida. Por ella pasaban también los sacerdotes, pero en menor número que en el antiguo barrio y si era cierto que en él estaban situados los conventos de Santa Clara, San Francisco y San Bernardo, parecía que las voces de sus campanas, como las de las ermitas de San Justo y San Telmo, no resonaban en el aire del mismo modo que lo hacía, desde su alta torre, la Catedral Basílica.

Limitado al Sur por el barranco, lo hacía al Norte con la otra muralla que el tiempo había averiado, abriéndole una brecha por la que pasaban voluminosas piedras que estaban destinadas a construir un pequeño muelle junto al Parque de San Telmo. Por ella azotaba el viento, siempre poderoso, arrastrando la arena que encontraba en el camino para depositarla en el trayecto que se extendía desde la llamada puerta de Triana, hasta la esquina de la calle de Matula, trayecto ocupado en su mayoría por viviendas de marineros. Por esta puerta además, se tomaba rumbo hacia el Puerto de la Luz, resguardado por las montañas de la Isleta, que dió origen, años después, a nuestro progreso cultural y económico.

Y a pesar de que Vegueta miraba con aire de suficiencia la vida mercantil de Triana, ambos barrios unidos por el puente, se amaban y estimaban, porque juntos guarnecían el barranco que había servido a los conquistadores para construir los cimientos de la ciudad.

Esta limitación y extensión reducidas del país, fué motivo para que sus habitantes disfrutasen de una admirable seguridad personal. Ni motines, ni ladrones de puñal, ni facciosos, ni bandoleros, ni gavillas de salteadores por llanos o sierras existieron en Las Palmas, a mediados del siglo XIX. Por esta misma razón, los canarios pasaban su vida bajo el clima más apacible del mundo y de los más sanos del globo, disfrutando de una medianía en la riqueza y de un bienestar.

El pavimento estaba formado de cantos rodados imitando las antiguas calles de Sevilla. Muy rara vez el coche del señor Obispo, el de alguna familia aristocrática, o las carretas de los que explotaban el negocio del transporte conduciendo mercancías de uno a otro comercio, despertaban el silencio haciendo acudir los habitantes a las ventanas de las casas. El tránsito rodado era sustituido, algunas veces, por caballería, borricos generalmente y en los días de excursión al campo hacía una vistosa caravana en las cuales iban las señoras cabelleras en la bíblica montura. Los transeuntes eran escasos y las hierbas crecían en los arroyos.

Entrada la noche brillaba, a respetable distancia, la luz mortecina de algún farolillo de aceite que se apagaba, al toque de ánimas, o dejaba de encenderse por disposición de las ordenanzas municipales, cuando la alumbraba la ciudad. En las noches ardientes del verano, a las oraciones, las mujeres sacaban a la calle los braseros y el olor del caldo de cilantro o de las sardinas asadas, eran el aperitivo para las cenas, mientras que los hombres medio dormidos en las aceras, aguardaban pegando a los labios el virginio. A poca distancia, los gatos arqueaban el lomo y los perros roían un hueso o ladraban disputándose.

En muchas casas de dos pisos existían en lo alto del frontis el balcón de madera calada, cerrado por postigos pintados de verde, que servía a las damas, como he dicho, para observar, sin ser vistas, a los transeuntes que cruzaban la calle o para moverlos disimuladamente alzándolos, hasta una altura conveniente. Junto al balcón, una ventana cerrada por cristales destinada a dar paso a la luz del exterior, hacía juego con otra situada en el piso bajo y con la puerta que daba entrada al zaguán, en cuyo fondo la cancela de tea maciza, con peso y campanilla, era paso de fortaleza que por el ruido y el repique anunciaba a los guardianes interiores la llegada de un visitante y el aviso para que éstos, desde los corredores, diesen la voz de ¿quién?, como el grito de alarma de un centinela, grito al que éste último desde fuera, solemne y calmoso contestaba con la serena frase del evangelio ¡paz! Y la puerta se habría. Por las noches sobre ella y en el marco superior del postigo, se encendía una candileja que iluminaba el zaguán y el patio principal, patio con flores, donde se encontraba el pozo situado a la izquierda y una serie de habitaciones bajas a la derecha.

El ambiente de la época era amantísimo, severo y grave y la existencia reglamentada a toque de campana. La Catedral construída sobre el cerro de San Antonio Abad, dominaba el cacerío, no solamente el barrio aristocrático de Vegueta que dormía confiado bajo su custodia inmediata,

sino también el de marinos y comerciantes que poco a poco se descarriaban por el de Triana en dirección al futuro puerto. Las campanas de la torre vieja, marcando las horas de los oficios, señalaban también las de la vida doméstica, como si una voluntad se transmitiese en la duda serena y reglamentase el pensamiento, el trabajo y hasta el estómago de los ciudadanos.

A las ocho de la mañana daba el esquilón los toques, marcando el almuerzo, a las dos de la tarde otro toque preparaba la comida de las tres y a las ocho o nueve de la noche, según la época, el de ánimas, como un coprifuoco litúrgico, ordenaba la cena y el sueño. A su conjuro, las puertas se cerraban, los golpes, unos cerca y otros lejos, retumbaban en el silencio, los habitantes seguros de los cerrojos, confiadas en la vigilancia del sereno, cuyo canto señalaba la hora y el estado del tiempo, dormían en el mejor de los mundos... Y entonces, en el gran silencio de la ciudad dormida en la sombra, unas veces arrullo suave, otras clamor inmenso, constante, incansable, eterno, que habló antes que los hombres existiesen y sigue hablando después de su muerte tan íntimamente unida al isleño, tan pegada a sus hijos, tan connaturalizada con el pensamiento, que es una más de las voces interiores de nuestro espíritu y de nuestro cuerpo. Voces ignoradas por el hábito, como el golpe de las arterias y el ritmo de los pulmones y que si de pronto las percibiésemos, nos despertaría con el grito de alarma y de angustia de nuestra frágil e inestable existencia, siempre en espera del misterio de la muerte.

Contaba la Ciudad de Las Palmas, a mediados de este siglo, con 10.500 habitantes y la isla de Gran Canaria con 59.000. Dividida en dos barrios separados por el barranco Guinguada, existían en el de Vegueta, las plazas de Santa Ana y del Pilar Nuevo y las principales calles de Vera Cruz, Provisor, Huerta, Santa Bárbara, San Marcos, Nuestra Señora de los Reyes, Reloj, Gloria, Guillén de Ayala, Balcones, Alamos, San Marcial y Herrería. Y en el de Triana, las de San Juan, San Bernardo, San Justo, Santa Clara, San Francisco, Moriscos, Del Canon, Mayor de Triana, Remedios, San Nicolás, Gotardo, Torres, Travieso, Diablito, Arena, Losero, Genoveses y Peregrina.

*
**

Don Cristóbal Gómez Millares, conocido en la vida de la ciudad, por don Cristóbal Millares, pues según parece abandonó el apellido de su padre por el materno, fué el mejor organista de Las Palmas al decir de los

críticos de aquella época. Hombre alto, grueso y de mal genio, contribuyó de una manera destacada al desarrollo y fomento del arte musical entre sus conciudadanos, hasta el punto que su nombre figuraba en el Diccionario de Músicos españoles. Tuvo de su matrimonio con doña María del Rosario Cordero, seis hijos, de los cuales los tres mayores, Agustín, Luisa y Graciliano, fallecieron con intervalo de pocas horas, durante la terrible epidemia de fiebre amarilla que en el año 1811 diezmo la población de la ciudad, quedándole dos, Cristóbal y Gregorio y una hija que nació después, a la que dieron el nombre de Luisa en recuerdo de la que habían perdido.

De estos hijos, el llamado Gregorio, casó con doña Francisca Torres, de cuya unión matrimonial vieron la luz del mundo, Agustín, Gregorio, José, Graciliana, Luisa, Emilia y Rafael. De ellos, Agustín, nuestro biografiado, nació el 25 de Agosto de 1826, a las seis de la mañana, en la calle de la Gloria, n.º 21, llamada antes de los Barreros (alfareros) y más tarde Agustín Millares, como homenaje fervoroso de la ciudad a uno de sus hijos más preclaros.

Sus padres, al casarse, solo contaban como ingresos pecuniarios los productos de algunas copias que conseguía como escribiente y los que ganaba como violoncelista en los entierros, misas y novenas. De ahí el que se vieran en la necesidad de vivir en dicha casa, hasta que años después habitaron la situada en la calle del Colegio número 21, hoy Dr. Chil, y más tarde, en la calle de Torres. He de advertir, antes de seguir adelante, que la casa de la calle de la Gloria pasó a ser propiedad de D. Agustín en 1856, después de haber adquirido las partes correspondientes a los herederos de su abuelo paterno don Cristóbal Millares. En su frontis se conserva actualmente una lápida, que el Ayuntamiento de Las Palmas ordenó colocar en su honor, con la siguiente inscripción: «En esta casa nació, vivió y murió, D. Agustín Millares Torres, historiador de Canarias».

Había por consiguiente en este hogar, hombre que escribía y gustaba de tocar instrumentos musicales, manifestaciones de la cultura que hicieron un ambiente y una dulce compensación a la pobreza. No de otra manera se explica, que al ingresar en la escuela que regentaba don Pedro Alfonso, situada en la misma calle de la Gloria, cumplidos los siete años, supiera leer y que cuando la visitaba algún personaje notable, era el elegido para dar fe de la buena labor de su maestro. Ahora bien, nos preguntamos, ¿quién le enseñó a leer? ¿quién le condujo por el camino de la cultura? El mismo con esa ingenuidad de los pocos años y que formó parte, como veremos en el transcurso de estas páginas, de toda su vida, respondía, sin

titubeos, «que a su parecer nació leyendo». Sin embargo, no hemos de echar en olvido, a este propósito, que fué su padre el que le despertó su atención por la lectura cuando le veía copiando los documentos y el que comenzó a fijar en sus oídos las sensaciones maravillosas que depara la música. Tan es ello así, que como su padre era violoncelista y por lo tanto formaba parte de la orquesta que amenizaba los entreactos de la compañía que el año 1837 actuaba en estas islas, Millares Torres, con solo once años, acudía al teatro acuciado por la atracción que la literatura ejercía en su infantil inteligencia. Con los argumentos de los dramas y sainetes que oía y con sus pequeños amigos, constituyó una sociedad dramática que se encargaba y entretenía en representar las obras que él arreglaba.

Fruto de estos ensayos, nacieron los dramas «Carlos y Herminia», «El Conde Rodolfo», «Juanita» y otros que duraban, en representación, un cuarto de hora como máximo, y que escribía en los trozos de papel cuidadosamente recogidos de los cucuruchos de almendras y confites que arrojaban debajo de las butacas, los concurrentes al teatro.

No hay duda de que el hombre de letras, como el de ciencias se hace la mayoría de las veces por el ambiente en que vive. El ruido que produce el agua al hervir como la gama de colores que los cuerpos químicos al unirse en un tubo de ensayo producen, despierta al asiduo asistente al laboratorio, el deseo ardiente de conocer el mecanismo interno de las cosas y objetos, porque al fin y a la postre, nuestra vida no es más que lo que se verifica en el gran laboratorio de la naturaleza. La verdadera vocación, la que hace palpar nuestros ojos, jamás se desdibuja en el transcurso de los años. El poeta hará siempre versos, aun cuando se cubra la cabeza de canas, el ingeniero producirá en la fábrica, aun cuando las máquinas no se ajusten al más completo perfeccionamiento. Que el primero compatibilice su vida con los números que escribe en el mayor y que el segundo asista con frecuencia a conciertos de música clásica, no quiere decir que la vocación, lo innato, se desfigure en estas actividades impuestas o espontáneas. Los números para el poeta, como las notas para el ingeniero, ayudan casi siempre al primero a creer en la dulce melodía y en el sonoro ritmo de sus versos y al segundo, a soslazarse con el ruido acompasado o ensordecedor de las máquinas.

Millares Torres fué ejemplo vivo de cuanto dejo dicho. El ambiente en que vivió durante sus primeros años matizó y orientó su vida y fué su padre, como veremos después, el que trazó el camino que más tarde siguió nuestro historiador hasta su muerte.

A los 13 años de edad ingresó en el Seminario Conciliar fundado por el Ilustrísimo Sr. D. Juan Bautista Servera, en la casa e iglesia situadas en la calle del Colegio, cerca de la Catedral, propiedad del canónigo e inquisidor don Andrés Romero. Esta casa e iglesia, años antes, habían sido ocupadas por la Orden de la Compañía de Jesús para establecer un colegio dedicado a la enseñanza pública, hasta que fué expulsada de España en 23 de abril de 1767 por el rey Carlos III. Tomada posesión por su Il^{ta}.^a de su casa y aprobada por S. M. la concesión de 49.500 rv. que obtenían la Mitra y el Cabildo de las rentas decimales, los que producía una hacienda que el Prelado tenía en Agüimes, organizó los estudios del bachillerato, creando cátedras de latín y humanidades, filosofía, teología y de canto llano, redactando, en unión de dos capitulares, las constituciones para el régimen y buen gobierno del establecimiento conciliar que tituló de la Purísima Concepción. Más tarde, se crearon cátedras de Agricultura y Matemáticas a las que siguió un periodo de decadencia, pues si bien se continuó enseñando a la perfección, el Latín, apenas se explicaban la *Ética*, *Teología*, *Lógica* y *Metafísica*. Por otra parte, la enseñanza de la *Física* se reducía al estudio teórico de las propiedades de los cuerpos y no existían, más que de nombre, la *Geografía*, *Historia*, *Química* e *Historia Natural*.

Como la R. Cédula del año 1799 permitió incorporar a la Universidad los estudios que se llevaban a cabo en el referido Seminario, el bachillerato, que en él se cursaba, en cumplimiento de lo dispuesto, se componía de seis cursos. Un primer año en el que se explicaba *Rudimentos de Latín*, a cargo siempre de un seminarista. Un segundo y tercero en el que se aprendían «*Composición y traducción del clásico*» y «*Elementos de Retórica y Poética*», a cargo del racionero don Enrique Hernández Coronado. El cuarto estaba dedicado al primer año de «*Matemáticas*» y «*Lógica*» que regentaba don Gregorio Guerra, el quinto comprendía el 2.º año de «*Matemáticas*» y «*Física*», a cargo de don Esteban Quintana y el sexto y último abarcaba la «*Historia de España*», la «*Metafísica*» y la «*Literatura*», cuyas clases daba don Pedro de León.

Asistían al centro dos clases de alumnos: externos o mantistas por que vestían de sotana, manteo y sombrero de tres picos, e internos o becarios. Los primeros recibían su educación sin retribución alguna y los segundos, con la ayuda que le proporcionaban cierto número de becas y medias becas, que concedía el centro.

Para completar su cultura, Millares Torres compatibilizaba sus estudios con los de solfeo y violín, que le enseñaba cariñosamente su padre en los

ratos que le dejaban libre, y con los de Dibujo que aprendió en la Academia que regentaba don Silvestre Bello situada en el edificio del Ayuntamiento, a cuyo fin cada alumno tenía que traer su lápiz y papel y una vela para alumbrar la estancia, pues las lecciones tenían lugar siempre por las noches.

Fruto de estas lecciones fué la copia del retrato del maestro Bellini, por quien su padre sentía gran admiración, la que encerrada en su correspondiente marco estuvo colocada, durante muchos años, en uno de los sitios más visibles de la casa.

Era costumbre en aquellos tiempos, cuando se aprobaba el segundo año de Latín, recitar cada uno de los alumnos en el día señalado por su profesor, trozos de dicha lengua madre, con el único propósito de irlos acostumbrando al arte de la Oratoria. Tocole el turno, como era lógico, a Millares Torres y cuando terminada su peroración lanzose a declamar una poesía que había dedicado al citado maestro don Enrique Hernández Coronado, como muestra de afecto y consideración, a quien pacientemente le había enseñado la lengua del Lacio, quedaron sorprendidos cuantos la oyeron, no faltando, como siempre, algunos, que dudaron de la paternidad de aquellos versos. Lo cierto es, que entusiasmado por el éxito de la misma escrita a los 14 años, llena su imaginación de ideas patrióticas y triunfante en la Península la revolución esparterista, de la que se aprovecharon los canarios de Gran Canaria, para gobernarse unos días, con independencia de sus hermanos de Tenerife, escribió un romance, que dado a conocer a don Carlos Grandy, Secretario del Ayuntamiento y persona considerada como el primer literato de Las Palmas, fué publicada en el primer número del periódico que vió la luz pública en esta ciudad, con el título de «Boletín Oficial de Gran Canaria». Decía así:

*¿Por qué la prensa está ociosa?
Del letargo despertad,
fieles canarios que brilla
la aurora de libertad.
Tres siglos ha que yacía
feliz antiguo insular,
morador de estas riberas
en rica abundante paz,
sin conocer de las artes
aquel encanto falaz*

*que el corazón cautivase
en cambio de la amistad;
cuando el español osado
y ansioso de conquistar,
en nuestra playa triunfante
del valiente musulmán,
rindió su fiera cuchilla
y en gloria oyó proclamar
con ruda voz balbuciente
a la augusta, a la sin par,
la Católica Isabel,
amor y fidelidad.
el canario domeñado
de su pereza natal,
surcó la mar tempestuosa
y principió a guerrear
del gran tinerfe rindiendo
la soberbia colosal.
Hoy valientes, denodados,
llevamos divisa igual,
nueva Isabel proclamamos
la unión constitucional;
formemos un solo lazo,
juremos noble amistad,
guerra contra los tiranos
que nos quieren subyugar.
Nuestra bandera es la palma
y a su pié velador,
imitemos este emblema,
del letargo despertad,
fieles canarios, que brilla
la aurora de libertad.*

*
* *

En el año 1841 se recibieron en Las Palmas varios instrumentos de acordeón, dado el propósito que existía por parte de algunos ciudadanos, de constituir una banda de música que sirviera para despertar el sentimiento musical en muchos de los habitantes de la ciudad. Millares Torres formó

parte de ella, tocando el requinto gracias a los conocimientos que de música tenía. Organizada y puesta en marcha merced al entusiasmo de sus dirigentes, una de las primeras piezas que interpretó, fué una marcha y pasodoble que había escrito don Manuel Sánchez, notario de la isla y alumno del Colegio de San Marcial, situado en el callejón del mismo nombre, donde le enseñaron armonía y contrapunto. Halagado por el hecho, nuestro biografiado que había estudiado también nociones de armonía y canto con su padre, no quiso ser menos que el señor Sánchez, decidiéndose a escribir, cuando tenía 15 años, un paso doble en fa que, al ser interpretado por la banda, causó gran sorpresa al público, pues siempre se creyó en la ciudad, que el referido señor era la única persona que poseía nociones de música. Para lograr este éxito estudió sin la ayuda de nadie, composición, leyendo las obras teóricas de Reicha, Fetis y Kastner.

Con esta revelación despertada al calor de la inquietud y afán de superación, contaba Las Palmas con dos compositores que trabajaron llenos de voluntad por dar horas de solaz y esparcimiento a la ciudad. Dos compositores, uno conocido y otro en balbucesos, que sin ser maestros consumados ni contar con ambiente propicio, consiguieron atraer la atención de muchos de sus paisanos, para crear una sociedad filarmónica que tuvo su sede en los salones del exconvento de Santo Domingo, situado al pié de la montaña de este nombre, en plena vega de San José y construído por los Reyes Católicos.

Incendiado durante la invasión de los holandeses ocurrida en el año 1599, fué nuevamente reedificada con las limosnas recogidas por el padre Fray Juan de Saavedra y el Vicario provincial Juan Marín y la aportación pecuniaria del capitán Rodrigo de León y su esposa doña Susana del Castillo y Tamariz, en el año 1610. Mandado a extinguir por R. D. de 9 de Diciembre de 1841, pidió a la Superioridad que el exconvento fuera dedicado a recogida de mendigos.

Mientras esto sucedía, la banda de música y la Sociedad filarmónica por él fundada, efectuaron en dichos salones los ensayos, hasta llegar a dar conciertos que se oyeron, con el mejor entusiasmo, en público y en la intimidad de las familias. De esa manera dieron a conocer los citados maestros, la sinfonía en re de Beethoven y la música de Mozart y Haydn. que cada día tenían más adeptos.

Paralelamente a su afición por el divino arte, sintió pasión por la lectura a cuyo fin leía cuantos libros caían en sus manos, aún los prohibidos, pues en su casa solo contaba con un «Don Quijote» en dos tomos y un

«Gil Blas», traducido por el padre Isla. Abundaban, en cambio, as obras escritas en francés y como desconocía el idioma, dedicose a dar clases con don Juan E. Doreste, hasta que logró entenderlo con facilidad. Entonces se entregó con verdadero frenesí, a devorar las obras de Voltaire, Rousseau, Dupuy, Volney, Raynal, y demás librepensadores, así como a coleccionar apuntes extraídos del Diccionario Filosófico, del «Ensayo sobre los usos y costumbres de todos los pueblos», del «Contrato social», del «Emilio», del «Citador» de Pigault Lebrunt y de la «Historia de Carlos V», de Robertson».

Con este bagaje intelectual, concluyó a los 18 años el bachillerato con gran aprovechamiento, por cuyo motivo su padre pensó, en medio de su pobreza, enviarlo a la Universidad de La Laguna, para estudiar Leyes, donde Millares Torres poseía unas casas y unos terrenos procedentes de una capellanía. Estas propiedades le redituaban al año, libre de cargas, de 40 a 45 pesos, pero como la Universidad acababan de cerrarla por orden del Gobierno, quedando muchos jóvenes con su carrera incompleta, decidió su padre, aprovechando cuantos medios de ilustración ofrecía el país, ingresara en la Escuela del Notariado abierta hacía poco tiempo en Las Palmas, como capital de Audiencia, y en la que se habían matriculado, siendo el más joven, 15 o 16 alumnos.

La carrera se componía de dos años, estudiándose en el primero, los principios del derecho patrio y en el segundo, de carácter práctico, los principios del derecho civil y criminal y redacción de instrumentos públicos. Al terminar su carrera, con nota de Sobresaliente, había dado Millares Torres el paso más firme de su vida, pues como diremos en las páginas que siguen, ésta le resolvió su problema económico.

*
* *

A pesar de la aridez de estos estudios, el joven bachiller y futuro notario, seguía enfrascado en la literatura y la música, pues por esta fecha había escrito varias poesías, las novelas «La fidelidad premiada», «Elisa», «Jenilia», publicada, años después, en el periódico «El Omnibus», «Angela y Federica» escrita en forma de cartas y una leyenda en verso, con el nombre de «Harimaguada», dedicada a su hermana Luisa. Empezó a leer al mismo tiempo, las obras contemporáneas de Thiew, Víctor Hugo, Sué y Dumas y pasó por sus manos la «Historia de Canarias», de Viera y Clavijo, que leyó con avidez y le despertó el deseo de escribir otra más extensa y mejor combinada. Por lo que se refiere a música, compuso varias.

fantasías de violín y un duo de violín y violoncelo, que ejecutó con su padre en la Sociedad Filarmónica.

Como vemos, Millares Torres, dominado por las inquietudes que bullían en su cerebro, e impulsado por el afán de crearse un nombre, en esa edad en que a los jóvenes les es difícil sentir las, vivía siempre con el deseo de poseer una cultura y con el ansia de despertar, en su ciudad, la faceta de la vida menos estimada y apreciada por la multitud.

Transcurrido el año 1841, existía en Las Palmas un grupo de hombres amantes de su patria que trataron de situarla a la altura de los adelantos del progreso humano, creando centros de enseñanza y sociedades literarias y artísticas para, con ellas, crear el ambiente popular tan necesario en sus luchas contra la política y la administración pública. Cada uno en sus aficiones y facultades, pusieron la nota adecuada y el comentario correspondiente, a la labor de los demás, para procurar en todo momento, la definitiva solución a los problemas que se planteaban cada día. Millares Torres, no permaneció indiferente a este resurgir de la cultura isleña, constituyendo con sus conocimientos de música y con su literatura romántica y soñadora, a poner en manos de los que sentían atracción por el arte, en sus distintas facetas, las numerosas ocasiones que su inteligencia les brindaba.

Mientras tanto, se acercaba la onomástica de su madre a la que quiso darle una sorpresa, representando una opereta cómica llamada «Un disfraz», que tenía escrita desde hacía poco tiempo. Esta opereta cómica, anticipo de la llamada zarzuela que aún no se conocía en España, a pesar de que Iriarte en su «Poema a la Música», escrito en el año 1779 decía:

*Cuerdo censor; maestro esclarecido
¡oh, si en España florecer pudieras,
haber hecho también de nuestro drama
que zarzuela se llama,
en que el discurso hablado
ya con frecuentes arias se interpola,
ya con dúo, coro o recitado.*

Se componía de una obertura, una romanza, un dúo y un final con coros. Sus personajes: un galán, una niña, una señora tía y toda la compañía, la constituían sus hermanos y primos. Asimismo la orquesta se componía del director, violín primero, violín segundo, flauta y viola desempeñados y tocados por él y sus familiares.

Escrita la obra y ensayada con el mayor secreto en la casa de su tío, para que nada sospecharan sus padres, llegó el día 4 de octubre, día de San Francisco, en que, como de costumbre, salió don Gregorio en compañía de sus amigos don Rafael Farías y don Francisco Doreste, a dar su paseo por las calles de la población. Desde que le vieron bajar por la escalera, se dispusieron, sin pérdida de tiempo, a ordenar el escenario, poner el telón, preparar vestidos, la iluminación y el sitio destinado a la orquesta. Resueltos estos preparativos, colocaron un anuncio en la galería, llenaron el salón de sillas para los invitados, hasta que regresado su padre con los amigos, en las primeras horas de la noche, subieron las escaleras, atravesaron la galería y sin tener conocimiento de lo que se les tenía preparado, tomaron asiento en medio de los convidados.

Al verlos sentar, Millares Torres dió la señal convenida y comenzó la obertura. De más está el decir, que la obra fué muy aplaudida y colmó de emoción a sus padres, los que no cesaron de llorar de regocijo, pues además de la natural admiración que el auditorio sentía hacia el joven compositor, la opereta estaba escrita de una manera sencilla, melodiosa y revestida de armonía sin artificio, demostrando, bien a las claras, que el autor había estudiado en tan buena escuela como son los cuartetos de Beethoven.

*
* *

Al cumplir en el 1846 los 20 años de edad, había terminado su carrera de Notariado y asistía al despacho de don Manuel Sánchez para ejercitarse en la práctica de la profesión. Tenía, por entonces, dos amigos íntimos, Francisco Peñate y Federico Morera, a los que quería entrañablemente y con los que compartía sus ilusiones y emociones, adquiridas durante las horas de su vida, hasta el punto que todas las tardes salían enfrascados en sus conversaciones, pasando por distintos lugares de la ciudad, comunicándose ideas y proyectos que carecían del suficiente prestigio para traspasar los horizontes de la isla.

Unas veces, sobre todo en invierno, tomaban rumbo a la plaza de Santa Ana, donde sólo iban los canarios cuando tenían lugar acontecimientos políticos o religiosos en Lañ Palmas. Ante la gigantesca mole de la Catedral Basílica, destacándose en su frontis los tres cuerpos correspondientes a sus naves respectivas, rematadas en ángulos coronados por sendas cruces de piedra, los tres amigos se extasiaban recordando la serie

de incidentes que se sucedieron en su concepción y edificación, hasta verla poseer su fisonomía actual.

Aislada de todo otro edificio y rodeada por calles y plazas en todo su perímetro, la Catedral Basílica les parecía un bloque de sombra augusta, donde el alma se concentra en sí misma y se dispone a recibir las más exquisitas sensaciones. En sus cuerpos laterales se dibujaban dos óculos ocupados por el reloj y un enorme rosetón de piedra, destinado a dar paso

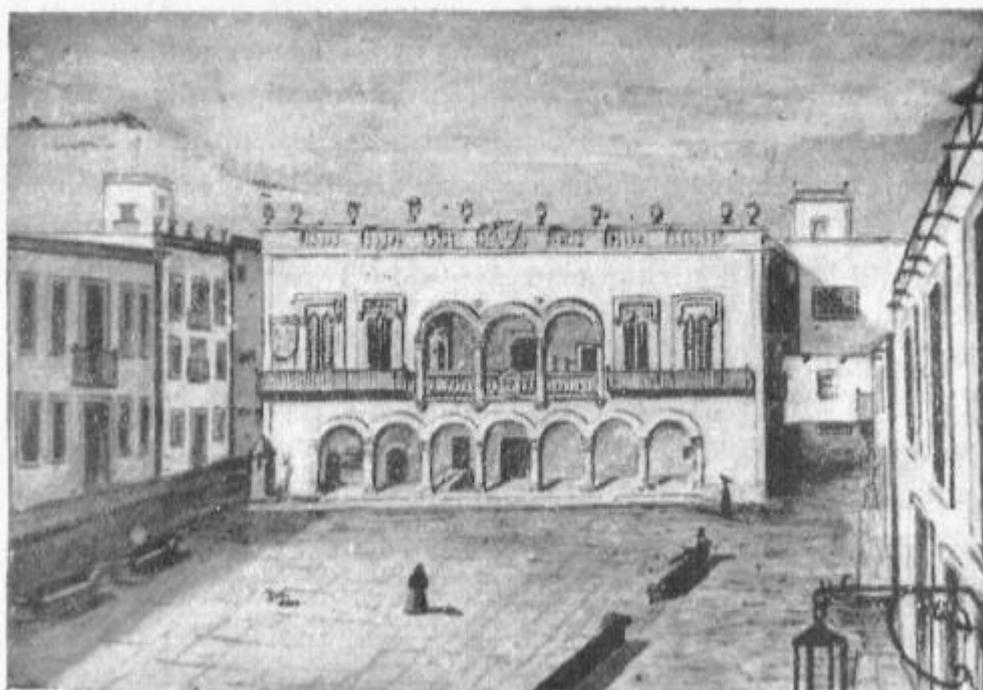


a la luz en su interior, y en sus extremos, dos torres de piedra, de planta poligonal, situados en la conjunción de las naves, y apoyadas sobre recios pilares disimulados con cuatro pseudo columnas jónicas.

De estas dos torres, la del Norte rematada por chapiteles de pizarra y una portada o atrio constituida por tres arcos de medio punto, presentaba, vista desde la planicie, un juego de campanas y un reloj de gran tamaño que dejaban oír sus voces en las vísperas de fiestas o al toque de la oración, si un acontecimiento que perturbaba la tranquilidad de la ciudad no las ponía también en movimiento.

En estos paseos, ¡cuántas veces se paraban ante el gran monumento, orgullo de la isla! ¡Y era curioso observar la serie de emociones que experimentaban sus almas, al contemplar las paredes construidas por los artífices que, en las distintas épocas de la edificación, dejaron grabados la belleza y realismo no envejecidos ni demacrados, antes de que el tiempo dejara marcada la huella de su paso!

Frente a la Catedral y mirando al Poniente donde se levantaban poco a poco los muros del que había de ser después el nuevo Ayuntamiento, recordaban el edificio de dos pisos, levantado por el Gobernador D. Agustín de Zurbarán, cuyo alto estaba ocupado en su lado derecho, por el Concejo Municipal, en su izquierdo por el tribunal de la Audiencia y en su bajo, por la Cárcel pública. Asimismo les venía a la memoria, la galería suspendida en lo alto de la calle, que partiendo del departamento que ocupaba aquella, terminaba en la Casa Regental y por la cual pasaban los



ministros togados, cuando tenían necesidad de trasladarse de uno al otro palacio de justicia. Este edificio construido, desde tiempo inmemorial, por el mencionado Sr. Zurbarán, fué incendiado alevosamente en marzo de 1842, quedando sólo como testigos que resistieron el empuje devorador del terrible elemento, paredes ennegrecidas que amenazaban de continuo desplomarse sobre horriblos escombros y humeantes cenizas, si no hubiese

sido por el patriotismo de los hijos de la ciudad que, presididos por el alcalde D. Bernardo González de Torres, decidieron, de un modo tajante, su reedificación. De ahí el que en este año de 1846, sólo vieran los ciudadanos de Las Palmas un edificio, medio en construcción, que se levantaba poco a poco, gracias a la ayuda que le prestaron los buenos patriotas venciendo cuantas dificultades se opusieron a su realización.

En aquellas tardes, después del paseo por la plaza, se sentaban los tres amigos en los bancos de piedra situados a lo largo de la inmensa planicie que fué teatro de muchas palpitaciones de los canarios, cuando las convulsiones de la política les hacían vibrar el alma y los pensamientos. Entonces les parecía la plaza más orgullosa que nunca, tal vez porque en ella se enfrentaban la autoridad espiritual del viejo Palacio del obispo, formado por un conjunto de casas constituyendo un solo cuerpo de regular aspecto aunque sin mérito alguno arquitectónico, con la militar del Viejo Alferazgo situado enfrente, y porque en su centro se mantenía la casa de tres pisos que habitó el arcediano D. José de Viera y Clavijo, una de las personas que más admiró durante su vida intelectual.

Otras veces, en las tardes calurosas del verano, se dirigían a los alrededores de la ermita de San Telmo, lugares frecuentadísimos por muchos paseantes, debido sin duda a que en sus frondosos vergeles podían encontrar sombra y acomodo. Cerradas estas huertas por la muralla principal de la ciudad, sin otra puerta que la de Triana, por ella se hacía la comunicación diurna entre Las Palmas y el vecino puerto de La Luz. Junto a ella se había abierto, en el referido murallón, una espaciosa brecha destinada a dar paso a las voluminosas piedras rodadas con las que se intentó varias veces formar un muelle que no se pudo lograr, porque apenas arrojadas, el embravecido mar las arrebatava y esparcía. Por aquella brecha, ya hemos dicho, introducían los vientos un río de arena que obstruía la doble curvatura formada en la calle de Triana hasta la esquina de Matula, por las casuchas de los marineros.

Cuando en estas tardes llegaban a las afueras de la ciudad, donde el mar retumbaba ruidos de la lejanía en sus oídos, Millares Torres, en el seno de la intimidad, volvía a repetirles, poniendo pasión en sus palabras, sus proyectos y aspiraciones de preparar las armas para batallar en la vida. Soñaba como un romántico, como un idealista, como lo que fué siempre en el resto de su vida, pero cuando pasaban estas exaltaciones de su alma y volvía la vista y su pensamiento a la realidad, se daba cuenta de que su padre era muy pobre y necesitaba de su ayuda para vencer los obstáculos.

La prosa del mundo esfumaba aquellos momentos de felicidad y Millares Torres se despedía de sus amigos hasta el día siguiente, consolándose con sus libros y aficiones musicales.

Pero un día, llegado a Las Palmas, desde Madrid, don Jacinto León que pretendía representar en Cortes a esta isla, fué visitado por su padre que era amigo suyo desde la infancia. Hablaron largamente de música y del Conservatorio Nacional y como don Gregorio le dijera que tenía un hijo que componía sin saber reglas de composición, don Jacinto, que era muy canario, le dijo:

—Es preciso, como quiera que sea, que usted lo mande a Madrid.

—¿Pero y los recursos?— contestole su padre.

—El pagará cuando vuelva en lecciones— replicó don Jacinto.

—¡Es imposible!— vuelve a decirle don Gregorio.

—Nada hay imposible, cuando se tiene firme voluntad. ¡Ea, animarse, para que vaya conmigo en octubre!

Y así fué. El padre creyéndose tener en su hijo un Mozart, decidió arrostrar las mayores privaciones y enviarle dos años al Conservatorio, sin tener en cuenta que la carrera musical era entonces la más ingrata que podía seguir un joven, pues en aquella época no existían ópera nacional, zarzuela, conciertos clásicos, ni capilla de música en las catedrales. El único porvenir que se les brindaba era el de un puesto de violín de fila, en un teatro, o el de maestro de solfeo y piano en algún rincón de España.

Decidido el viaje, su madre le arregló alguna ropa blanca y la poca que tenía en uso, le buscó un baul, reunieron algunas pesetas para el flete y primeros meses de estancia en la Península y sin más reflexiones, cerrando los ojos a sus propias necesidades, a su numerosa familia y a todas las eventualidades del porvenir, resolvieron lanzarlo a lo desconocido, persuadidos íntimamente de que de esa manera iban a poner la primera piedra de su futura felicidad.

Señalada la fecha de la salida de la isla para la tarde del 26 de octubre, Millares Torres, queriendo salvar la triste despedida de su madre y familia, bajó por la escalera trasera de la casa en que vivía, sita en la calle de la Carnicería, sin ser visto ni oído, hasta que se encontró en la calle. Una vez en ella, subió rápidamente por la de los Balcones, callejón de San Marcial, calle Nueva, Puente y San Francisco, para reunirse con su amigo Federico Morera e ir juntos, montados en borricos, hasta el puerto de La Luz, donde le esperaba anclado en sus aguas, el buque que había de conducirlo a España.

Activadas las relaciones comerciales con Cádiz desde el año 1835, un comerciante de Las Palmas, don Luis Crosa, tenía establecida una línea de navegación con aquel puerto y el de Santa Cruz de Tenerife a cargo de un místico llamado «El buen mozo». Seis años después, el señor Crosa contrató con el Gobierno el transporte de la correspondencia entre Canarias y la Península, por lo que se vió obligado a colocar otro buque en la carrera con el nombre de «El Corzo», los cuales salían alternativamente del puerto gaditano los días 22 de cada mes. Al mismo tiempo que teníamos esta comunicación con la madre patria, pasaban por el puerto de La Luz, barcos ingleses que hacían la travesía desde Cádiz y Sevilla hasta la Habana y algún que otro buque que arribaba a estas islas para tomar carga y pasaje con destino a la Península.

Dispuesto el embarque, fué transportado en unión de sus compañeros de viaje, a la polacra mallorquina nombrada «Diligencia», que cabecaba en la bahía mientras se estaba preparando para hacerse a la vela. Su capitán Matías García, hombre joven y conocido en la ciudad por sus continuos arribos, llevaba como tripulación, a toda su familia, pues desde el contramaestre hasta el grumete eran primos, cuñados y sobrinos. Como solía llevar pasaje, su cámara se componía de una pieza cuadrada, situada a popa, con ocho camarotes, sin tabiques ni cortinas que los independizaran, en donde estaban colocados los colchones que cada uno había traído, para descansar durante el viaje. Desde cada camarote se veía el cielo por el portalón y la curiosa figura del viejo encargado del timón, sin que ninguno experimentara, en aquellos momentos, la noción del tiempo y del espacio, pues al tomar rumbo a Cádiz lo hacían con la esperanza de llegar lo antes posible.

Cuando se vió en la lancha del buque y por lo tanto separado de su padre que había quedado en la playa triste y silencioso, Millares Torres no quiso hacerse a la idea que desde aquel instante perdía al compañero de sus diarias tocatas y que su violoncelo no podía unir sus voces a las de su violín, hasta tanto regresara de Madrid convertido en un verdadero profesor de música.

Al llegar al buque se encontraban sobre su cubierta unas cuantas personas que iban a ser sus amigos y compañeros durante el viaje animándose, con este motivo, la conversación hasta que «la Diligencia» fué lentamente izando las velas y el ancla a crugir sobre la proa al disponerse a salir en busca de la libertad. Fueron aquéllas don Domingo Déniz, médico de la ciudad que iba a revalidar su título en la capital de España una vez hechos

sus estudios en la Facultad de Medicina de Montpellier, el oidor llamado Diosdado, que iba promovido a otra Audiencia y los dos hijos del conde de la Vega Grande, don Fernando y don Juan.

Una vez instalados y dada la orden de marcha, sentíase el rumor de las aguas a medida que el barco las cruzaba y se deslizaba lentamente sobre la superficie del Atlántico, rumbo al horizonte. Entonces quedó establecido entre la cubierta y la playa, con las manos primero y el pañuelo después, las últimas relaciones de despedida que fueron aquietándose poco a poco, hasta perderse en la lejanía las figuras y sombras de la ciudad.

Al día siguiente subió sobre la cubierta, después de haber dado tres pasos y ascendido cuatro escalones. Por todas partes, nuestro biografiado no veía más que agua y sobre su cabeza una bóveda azul que cercaba en círculo el horizonte. ¡Espectáculo maravilloso para quien no había salido de su isla y comenzaba ahora a conocer el mundo! El silencio del viento que había calmado el movimiento incesante del mar, dejaba oír el aleteo de las velas sobre los mástiles y los tripulantes se movían en sus quehaceres para dar cumplimiento a las órdenes dadas por el contramaestre. El día estaba teñido de azul por donde quiera se le mirara y su majestuosidad invitaba a cerrar los ojos para recordar las escenas pasadas. Millares Torres se tumbó sobre una perezosa y dió rienda suelta a su imaginación.

Pasados los tres primeros días de navegación, aparecieron en torno al buque unas tortugas, animándose, con esta aparición inesperada, la tripulación y el pasaje que se dispuso a pescarlas. Poco después hizo acto de presencia un tiburón, más tarde un trozo de madera cargado de mariscos y centenares de pámpanos, que fueron cogidos en una especie de tridente. En dos horas, la cubierta se llenó de pescados, que seguidamente salaron y depositaron en barricas y los que escaparon siguieron al buque durante un largo trayecto, atraídos por las liñas armadas con anzuelo, que los aficionados a la pesca echaron a popa del buque.

Por las noches refrescaba el tiempo con gran alborozo de los viajeros, ya que sabían que el viento les aproximaba al término de la ruta y todos los días transcurrían con el anhelo de ver a lo lejos la tierra deseada. Mar y cielo, sol y estrellas en el firmamento, constituían la visión panorámica del día y la noche que agrandaba los ojos para mirar más lejos, en medio de aquel inmenso mar testigo de la soledad y de la esperanza. Solamente las ráfagas del viento que cruzaban la atmósfera traían *rumor de besos y batir de alas*. Las demás horas del día se pasaban leyendo, hablando y comiendo y cuando la noche llegaba, se hundían en el colchón de las

cámaras, para empujar al tiempo con sus deseos y para soñar con las personas que quedaban velando en tierras lejanas.

Después de 20 días de navegación y de hacer escala en Fuerteventura y Lanzarote para recoger carga y pasaje, durante los cuales los pensamientos volaban para la isla que le vió nacer, la última noche de estancia en el buque produjo en el pasaje un estado de ansiedad e inquietud que les hacía sin cesar subir a la cubierta, en busca de la luz del faro de la capital andaluza, ya que desde la tarde estuvieron descubriendo buques que navegaban en todas direcciones, reveladores de que no podía estar muy lejos la costa española.

En vista de que nada se aclaraba en el horizonte, decidieron irse a la cámara para abreviar, con el sueño, la distancia que les separaba de Europa. Trataron de cerrar los ojos y no pudieron dormir, trataron de guardar silencio para poder descansar y como este lo interrumpían los toques de la campana de proa anunciando el relevo de la guardia y las pisadas de los marineros poniendo en orden los preparativos de proximidad al puerto, no pudieron serenar su ánimo, ni guardar silencio los que pronto iban a dejar el buque.

Estaba el cielo despejado y la luna se reflejaba sobre el mar tranquilo e iluminado, en su superficie, por las noctilucas excitadas al paso de «la Diligencia». A su débil claridad descubrieron la costa que, en forma de media luna, se elevaba a dos millas de distancia y las parejas de barquitos pesqueros, con su luz roja en lo alto del palo mayor, marchando rumbo a la costa africana.

De pronto, allá a lo lejos, empezaron a distinguir una luz que intermitentemente se encendía y apagaba y llenos de emoción y de inquietud experimentaron la sensación de que iban a ver un mundo nuevo abierto ante los ojos con la virginidad del primer deseo. Poco a poco, la luz del amanecer fué dibujando, sobre un fondo azul, la silueta de las murallas de Cádiz, las casas blancas de su población y la altivez de su Catedral, despertando, con el toque de sus campanas, el sueño de los gaditanos. Cuando la aurora dió forma y color a los objetos, se pudo ver a lo lejos la Sierra de Ronda que confundía sus picos con las nubes y la extensa rada sureña poblada de buques. Momentos después, cuando el sol apareció por el horizonte, Cádiz parecía un florón nacido entre la tierra y el mar, sobre la que derramaron sus visitantes los más encendidos elogios hasta calificarla, por la blancura de sus casas, de «Tacita de Plata». Rodeadas por un mar luminoso, sus famosas murallas detenían el ímpetu de las aguas, dando la

impresión de una población cimentada en el mismo y extendida en la tierra con sus torres barrocas en el fondo.

Pero he aquí que cuando la triunfante polacra mallorquina enfilaba la bahía de la ciudad andaluza y los viajeros sonreían de contento al pensar que pronto pondrían los pies en tierra española, la Junta de Sanidad de dicho puerto, al enterarse de que el barco procedía de Canarias, donde al decir de dicha autoridad se padecía de fiebre amarilla, ordenó al capitán García tomase rumbo a Mahón o Vigo, a pesar de llevar la polacra, patente limpia de toda nota y a pesar de las súplicas vehementes de los viajeros que se mostraban cansados de tanta navegación.

La resolución, como es de suponer, produjo en todos una decepción sin límites. Cada uno se acomodó en su camarote y se entregó a sus propias reflexiones. El cielo, de acuerdo con ellas, se cubrió de espesas nubes y el viento sopló con violencia. El capitán, como buen balear, optó por dirigirse a Mahón y tomó rumbo al Estrecho de Gibraltar, llegando después de diez días de navegación a la famosa rada o puerto cerrado del mismo nombre, donde fondearon junto a la puerta del Lazareto que estaba situado en un islote distante de la población. Allí sufrieron las correspondientes fumigaciones y contrariedades exigidas por las leyes sanitarias para poder entrar en Palma de Mallorca y tomar pasaje en el vapor llamado «Mallorquín», que había de conducirles al puerto de Barcelona.

Sorprendido por la importancia de la capital catalana, aprovechó su breve estancia para visitarla, equiparse contra el frío y oír la primera ópera que halagara sus pensamientos. Realizaba, de esta manera, su sueño dorado, aunque es de notar que «María de Rohan» de Donizetti y sus intérpretes no llegaron a satisfacer lo que su imaginación se había figurado. Pasados unos días y siéndole preciso llegar a Madrid lo antes posible, ocupó, para poder nivelar su presupuesto económico que había sido perturbado en Barcelona, el último departamento del coche-diligencia llamado rotonda, donde iban además sus compañeros de viaje don Jacinto de León, don José de Bethencourt que había embarcado en Lanzarote y un italiano, ayuda de cámara del barítono Morelli Ponte, contratado para cantar en el Real Madrid. Cuatro días más tarde, después de una breve estancia en Zaragoza y Guadalajara, arribaron a la Corte en la madrugada del día 18 de diciembre, donde acompañados de un mozo de cordel que le llevaba el equipaje, llegaron a la calle del Olivo Alto n.º 36. Allí se hospedó Millares Torres en unión de otros paisanos y amigos que le abrumaron a preguntas sobre sus respectivas familias, la fiebre y el viaje. Allí residían desde hacía

tiempo, don Juan E. Doreste, don Felipe Massieu, el clérigo Troya y don Miguel Joven de Salas y como casi toda la casa de huéspedes estaba ocupada por canarios, nada extraño tenía que se la conociera, en el ambiente estudiantil, con el nombre de «La Pajarera».

Efectuadas las visitas de ritual a los amigos, monumentos y museos en las que se sucedieron algunos días, pasadas las emociones de los primeros momentos y el aleteo abrumador de sensaciones producidas por el nuevo ambiente, Millares Torres, alejado de los suyos y pensando en la enorme extensión de tierra y en el largo brazo de mar que lo separaba de su pequeña e inolvidable isla, comenzó a sentir su alma dominada por ese mal que se apodera del canario cuando vive lejos de su tierra. La nostalgia, ese indefinido sentimiento, ese complejo misterioso en el que se mezclan la melancolía, la añoranza, la ternura, la desilusión y, a veces, el ansia de revertirse a la tierra de donde arranca nuestra propia vida, hizo presa en el corazón de aquel hombre romántico y don Agustín, creyéndose solo, empezó a llorar como un niño al que le faltan fuerzas para luchar.

Pasaba los días triste, dominábanle los negros pensamientos, invadía el desencanto, e iba perdiendo la fe en todo, al ver que, a pesar del tiempo transcurrido desde su salida de Las Palmas, no recibía carta de su familia. Para aminorar esta pesadumbre, salía con sus amigos a distraer su ánimo, visitando el palacio de las Cortes en el día de su inauguración, el teatro de la ópera que estaba en el Circo plazuela del Rey, donde oyó cantar «Atila» por el barítono Morelli Ponte, su compañero de viaje desde Barcelona, y las casas de las amistades de don Jacinto León, entre las cuales prefirió y destacó la de don Juan Gualberto González, exministro y fanático por la música clásica. En ella, manejando el violín y la viola con los conocimientos adquiridos en Canarias, interpretó música de Kraumer, Beethoven Mozart y Haydn entre otros.

Así las cosas y pasadas las vacaciones de Navidad, efectuó su ingreso en el Conservatorio Nacional, donde realizó su examen de solfeo ante los profesores Saldoni, Aguado y el propio director. Poco después formó parte de la orquesta del Real, bajo la batuta del maestro Bionetti y fué alumno de los profesores del Conservatorio, don Manuel Díez y don Ramón Carnicer que explicaban a la sazón, violín y composición, asistiendo además a las clases de piano y canto de los señores Albéniz y Saldoni, con el objeto de instruirse observando sus métodos de enseñanza.

A los seis meses de estancia en la capital, recibió la primera carta de su familia y su lectura sirvió de lenitivo a la tristeza que le venía domi-

nando. Estas primeras letras le traían el recuerdo y la alegría de otros tiempos confortándose su alma con aquellas páginas escritas por quienes más quería en el mundo. A partir de esta fecha, le pareció Madrid más acogedor, por cuanto sus ilusiones se avivaron al conjuro de un porvenir halagador, a tal punto que a los nueve meses de vivir en él, recibía lecciones de canto, piano, arpa, violín y armonía, oía cuantas óperas se cantaban en el Real y escribía poesías en cuantos ratos le dejaban libres sus estudios. Pero un día, transcurrido otro año, y cuando más entusiasmo sentía por aquéllos y más halagado se sentía por las amistades que tenía, donde acompañaba a tocar en conciertos y cuartetos, recibió la noticia de la muerte de su padre, veinte días después de ocurrido su fallecimiento, dejando en la mayor indigencia a su madre y siete hermanos. Abatido, derrotado, deshecho su porvenir, quiso consolarse con los recuerdos pasados, pero pensando en ellos, decidió su pronto regreso para defender el hogar falto de sostén, no obstante las ofertas que el Conde de la Vega Grande le hizo para que continuara sus estudios y las frases cariñosas y de aliento que siempre le prodigó la señora de don Jacinto de León.

En los dos años que duró su viaje, el único de su vida, comenzado a instancias del amigo de su padre, e interrumpido por el fallecimiento de su progenitor, Millares Torres escribió varias poesías, una novela, artículos literarios que publicó en el «Heraldo de Madrid», piezas sueltas para violín, arpa, piano y canto y el primer acto de una ópera que, pasados algunos años, terminó y le corrigió el propio Carnicer.

Como aún no existían ferrocarriles que hicieran la travesía de Madrid a Sevilla, tomó el billete para la diligencia que salía el 15 de septiembre y después de una corta estancia en Córdoba, llegó a la hermosa capital andaluza para trasladarse en vapor a Cádiz, con el fin de embarcar en el bergantín correo, «El Buen Mozo», una vez amainara el temporal que reinaba en este puerto.

Dispuesta la salida, con el mar en calma y un cielo azul turquesa, los pasajeros dirigían sus miradas a todo el ancho campo de la gran bahía, recreándose en los pueblecitos que encontraban a su paso. De pronto y en medio de la alegría que los dominaba, pensando en el buen viaje que iban a tener, sintieron un choque violento producido por la quilla del correo sobre la superficie de la tierra del fondo submarino, al enfilarse el buque la bocaina. Al apreciarlo, el espanto a bordo fué indecible y el capitán y los marineros hubieran perdido la cabeza, si no hubiera sido, porque serenados los ánimos y pedido auxilio a las cercanías, el pasaje fue colocándose

en los botes que iban llegando, hasta que el místico fue remolcado a Cádiz para su reconocimiento.

Transportado el pasaje al otro buque que hacía la travesía, titulado «El Corzo», tomaron rumbo a Canarias, donde el 12 de octubre de 1849 fondeó frente al muelle de Las Palmas. Allí le esperaban sus hermanos que le recibieron, como es de suponer, llenos de alegría y esperanza, pues tenían la evidencia de que don Agustín les traía la salud y la fortuna. Su madre vivía entonces en la calle de Torres, y allí junto a ella, con su confianza en Dios, firme voluntad de trabajar y nobles ilusiones de triunfar, se dispuso a luchar, lleno de optimismo y de juventud.

Una de las primeras resoluciones tomadas por don Agustín fue la de reorganizar la orquesta que dirigió su padre, a cuyo fin aprovechó la ocasión de estar dando funciones una compañía de cómicos en el teatro, para dar una extraordinaria, en beneficio de la Sección Filarmónica del Gabinete Literario, de la cual estaba encargado. El fin estribaba, como es de suponer, en recaudar una cantidad en metálico que permitiera la compra de instrumentos para completarla, facilitando, de esta manera, el desarrollo del arte musical. En esta función que se celebró el 6 de diciembre de 1849, se estrenó la comedia en tres actos y en prosa, original de Millares Torres, titulada «Una Coqueta» y el acto primero de la ópera «Adalmina», música y letra del mismo autor que compuso estando en Madrid y corrigió Carnicer.

Era natural que aquel primer contacto artístico con sus paisanos le despertara la curiosidad de conocer las reacciones del auditorio, oyendo opiniones, comentarios y juicios críticos, sobre sus primeras producciones públicas. Por eso hizo impresión, en su memoria, el soneto que recibió de su amigo Juan Cambreleng, con motivo de esta función.

*Una mujer, belleza peregrina
mintiendo amor nos pintas tentadora
en cruel desolación desgarradora
sumiendo al hombre que a sus pies se inclina.
Si voluble Isabel, fiel Adalmina
de Tirma ausente, la memoria adora,
y en su infortunio mísera deplora
el hado adverso que a su amor domina.
Deja volar tu pensamiento osado,
el genio muy más alto se levanta*

*que de la envidia el grito emponzoñado.
Sigue tu inspiración sublime, santa,
y hollarás por las musas coronado
la cumbre de Helicóna con tu planta.*

Como premio a su labor cultural, que empezaba a dar óptimos frutos y como recompensa a su constante preocupación por educar en la ciudad el ambiente musical, El Gabinete Literario, la máxima representación intelectual de la isla, le nombró Socio de Mérito, primer título de honor que recibió de sus paisanos y que él acogió con la mayor complacencia, pues por ninguno de sus trabajos anteriores había recibido recompensa alguna pecuniaria.

*
* *

Por esta época, nuestra isla que había mantenido su supremacía política y mercantil sobre las demás del archipiélago, había sufrido muchos desengaños en la titánica lucha que sostenían con ellas y con los gobiernos que se sucedían en la Nación. En esta situación, los ánimos de sus habitantes no decayeron a pesar de que la amenazaban nuevos despojos, pues el patriotismo estaba tan arraigado en el corazón de los grancanarios, que bastaba sólo la voz impulsora de uno para que los demás, en esa santa unión fraternal de que tanto se alardeó y se hizo gala, respondieran con el mejor deseo y fe en el triunfo.

Esta santa unión fraternal fue, el origen del llamado Casino de Las Palmas que dos hombres ilustres, don Antonio López Botas y don Juan B. Doreste, fundaron el 1.º de marzo de 1844, con la denominación de Sociedad «El Gabinete Literario y de Recreo de Las Palmas», en los salones de la parte occidental del edificio del teatro, con el objeto de proporcionar a los socios la lectura de periódicos nacionales y extranjeros y la de obras de instrucción y gusto, al mismo tiempo que la de proporcionarse los medios de reunirse en agradable y culto pasatiempo.

El 9 de septiembre siguiente, se reformaron sus estatutos y se la tituló «Sociedad Literaria Artística, de Fomento y Recreo de Las Palmas». Estaba dividida, por lo tanto, en cuatro secciones y éstas a su vez en varias subsecciones, a fin de abarcar las múltiples facetas del saber humano. En los seis años transcurridos desde su fundación hasta este que nos ocupa, la laboriosidad y constancia de sus socios, el generoso desprendimiento y la abnegación asombrosa, traducida a las cantidades recaudadas y en los pro-

yectos llevados a cabo, fueron muestra de la honrosa y gigantesca historia de esta benemérita Sociedad que con la ayuda de la Sección de Declamación cubrió, en pocos días, las desnudas paredes del teatro Cairasco con seis decoraciones pintadas por don Manuel Ponce de León. Se hicieron, también por la misma, representaciones de muchos dramas y comedias que produjeron crecidas cantidades, siendo de destacar, entre ellas, las que fueron obra de don Agustín Millares Torres. De ahí su nombramiento de Socio de Mérito.

Toda esta obra que llegó hasta los últimos rincones de las buenas familias de la ciudad, se tradujo en íntimas satisfacciones y en aumento del número de sus alumnos y como éstos le proporcionaban algunos recursos y había sido nombrado profesor de solfeo del Colegio de San Agustín y conseguido unas lecciones en el Seminario Conciliar, decidió, con la valentía del que desconoce lo que hay más allá, contraer matrimonio con la que fue su segunda novia y le acompañó hasta su muerte, compartiendo con su inteligencia las alegrías y amarguras de su hogar. Casó, como digo, en la madrugada del día 4 de octubre, con doña Encarnación Cubas y Báez, en la capilla de la Antigua de la Catedral Basílica, bendiciendo dicha unión el canónigo don Narciso Barreto.

Doña Encarnación Cubas y Báez, hija de don Juan Cubas, conocido por Negrín, y de su primera mujer llamada Dolores Báez, nació y vivió en la casa situada en la acera del poniente de la plaza del Pilar Nuevo, derruida y sustituida por la que fabricó Artilles Sánchez. En la parte baja de dicha casa y en la contigua que formaba esquina con la calle de Los Balcones, tenía don Juan un taller de carpintería que adquirió fama en la población. Muerta después su mujer, quedó su hija Encarnación huérfana de madre, cuando tenía cuatro años, por cuyo motivo se hizo cargo de la educación, Martina Gordillo, sobrina del diputado doceañista y cura del Sagrario, don Pedro Gordillo.

Unidos en matrimonio y en ideas, jamás se presentó ocasión de tener que sobrellevar contrariedades, por lo que el hogar en que vivieron fue siempre modelo de templanza y bienestar. En el cuerpo de doña Encarnación se encerraba un alma generosa, dispuesta siempre a prodigar el bien, pues fue norma de su inteligencia la tolerancia y el consuelo. Ambos se mimaron y comprendieron de continuo, hasta el punto que todos los proyectos literarios y artísticos de don Agustín recibieron, día a día, el aliento vivificador de su compañera, no sólo en los momentos de satisfacciones, sino en los de los tristes desengaños. Siempre juntos, las horas pasaban

sin sentir las, pues enamorados del arte y de la cultura, procuraron poner de continuo, en elogio de la isla, cuanto pudieron y supieron cantarla, ya que la primera condición que se necesita para entregar la voluntad y el amor a lo externo, es sentirse feliz dentro de su ambiente. No de otra manera se explica que nuestro biografiado hubiera tenido tiempo para llevar a cabo tan extraordinaria labor. Díganlo si no, las siguientes estrofas que escribió el día de su santo, pasados unos años:

A MI ESPOSA

AYER

*Cuando interroga la memoria mía
entre las densas nieblas del ayer,
me parece que siento todavía
efluvios de tu ser.*

*Y es que en mis existencias anteriores,
como brillante luz,
para calmar del cielo los rigores
me iluminabas tú.*

HOY

*Cuando turbada el alma y dolorida
llegaba el mundo de hoy
para vencer batallas de la vida,
contaba con tu amor.*

*Y es que al presente se hayan nuestras almas
fundidas en un haz
y del trabajo a compartir las palmas
siempre a mi lado estás.*

MAÑANA

*Cuando en esas estrellas esplendentes,
emanación de Dios,
a concluir vayamos inconscientes
la última evolución,
al fundirse mi espíritu extasiado
en la etérea luz,
para dormir el sueño deseado
conmigo estarás tú.*

En el año 1851 fue invadida la ciudad por la epidemia de cólera morbo-asiático, después de haberse declarado el primer foco, en el barrio de San José, por contagio de unos bultos de ropa traídos desde la Habana por el pailebot «El Trueno» que hacía la travesía desde Las Antillas hasta estas Islas Canarias. Propagada la enfermedad por todos los ámbitos de la ciudad, cundió el pánico entre sus habitantes de tal manera, que muchas familias huyeron hacia los pueblos del interior, sin pensar que el mal no respetaba vidas ni haciendas. Millares Torres, preso del mismo terror, se trasladó a los Trapiches de Arucas con su familia, para dar tiempo a la terminación de la epidemia. Durante su estancia en dicho sitio, le nació su primer hijo y ocupó su tiempo escribiendo y componiendo música.

Terminada la fuerza invasora de aquélla, regresó a Las Palmas con las inquietudes que es de suponer y una vez en ella, se dio cuenta de la desaparición de algunos de sus amigos y que el luto se había enseñoreado en la mayoría de los hogares. Estas circunstancias le hicieron perder muchos de sus alumnos, viéndose obligado, por dicha causa, a vivir con sus padres en la casa de dos pisos, en la calle del Colegio n.º 21, hoy Doctor Chil, donde falleció poco tiempo después, su primogénito.

Con motivo de esta epidemia, la campaña entablada en la prensa de las dos islas principales, dio lugar a la publicación de numerosos artículos y opúsculos, escritos por relevantes personalidades de Las Palmas y de Santa Cruz de Tenerife. En ellos se denunciaba la actitud poco edificante y el comportamiento observado por los hijos de la capital de la provincia con respecto a los de Gran Canaria y la de éstos que no guardaron, en réplica obligada, consideraciones a los que ocupaban cargos de responsabilidad y solvencia en la vecina isla. Millares Torres escribió también un valiente y fogoso folleto contra aquella campaña, que mereció elogios de sus paisanos.

Seis meses después, es decir el 2 de febrero de 1852, cuando agotadas las defensas de la ciudad, las autoridades de la provincia dieron por terminada la epidemia, estrenó una misa en fa a tres voces y orquesta que estrenó en la parroquia de Santo Domingo en acción de gracias por la desaparición de la misma y un Invitatorio de difuntos, con un solo clarinete, al celebrarse los funerales, en 5 de noviembre del mismo año, en la parroquia de San Francisco, en recuerdo de los socios del Gabinete fallecidos en dicha enfermedad.

Las luchas políticas mantenidas con fuego sagrado y sostenidas desde algún tiempo entre los canarios de las dos islas principales, exacerbadas en múltiples ocasiones y agriadas últimamente con la campaña sanitaria llevada a cabo por las autoridades de Santa Cruz, tuvieron, como colofón, aunque por poco tiempo, la publicación de un decreto creando la división de la provincia en el año 1852. Tan fausto suceso se tradujo en múltiples actos de alegría y expansión por parte de nuestros paisanos, que se mani-

EL PORVENIR DE CANARIAS.

Revista de anuncios e intereses materiales, de administrativos, instrucción pública, jurisprudencia y literatura.

<p style="text-align: center;">SE SUSCRIBE EN CANARIAS:</p> <p style="text-align: center;"><i>En casa de D. Antonio Doroteo y Navarrete, á 4 rs. con. al mes.</i></p>	<p style="text-align: center;">SE PUBLICA</p> <p style="text-align: center;">UNA VEZ POR SEMANA:</p> <p style="text-align: center;">LOS DOMINGOS.</p>	<p style="text-align: center;">SE SUSCRIBE FUERA DE LAS ISLAS:</p> <p style="text-align: center;"><i>Por medio de cartas dirigidas á la redacción franca de porte, á 5 rs. con.</i></p>
---	--	---

PROSPECTO.

La nueva organización administrativa dada á la Provincia por el Real Decreto de 17 de Mayo de este año, la fracción de sus puertos consagrada por el otro Real Decreto de 28 de Julio, y el otro posterior con que en la actualidad dotan el Gobierno de S. M. á promotor de la prosperidad de estas islas, atendiendo á las necesidades materiales, higiénicas y económicas de las mismas, y á las reformas y mejoras que tan sabiamente adopta y emprende en utilidad de todo el reino, con garantías seguras de que, tras largos años de indiferencia y olvido, de sucumbencia y deserción, las islas Canarias serán consideradas de hoy más en su situación é importancia merecida, y de que alabando á la vuelta de pocos años un gran incremento que reconquistan y poseen libre, con verdad el nombre de *Afortunadas*: tal es el *Porvenir* que las espera si el Gobierno de S. M. continúa facilitándoles, como ya se puede darse, los medios de explotar las favorables circunstancias con que las ha agraciado el Cielo, en cambio de su pobreza y aislamiento, y los inmensos recursos que les proporciona su clima, sus ricas y el carácter benéfico, emprendedor é inteligente de sus hijos.

Mas, es necesario que tales estos elementos de engrandecimiento y felicidad se sepan utilizar por los Canarios: es necesario que se conozcan por todos, que todos atiendan, sin odiosos exclusivismos y sin mezquinas rivalidades, trabajen en la prosperidad común, con fe, con des-

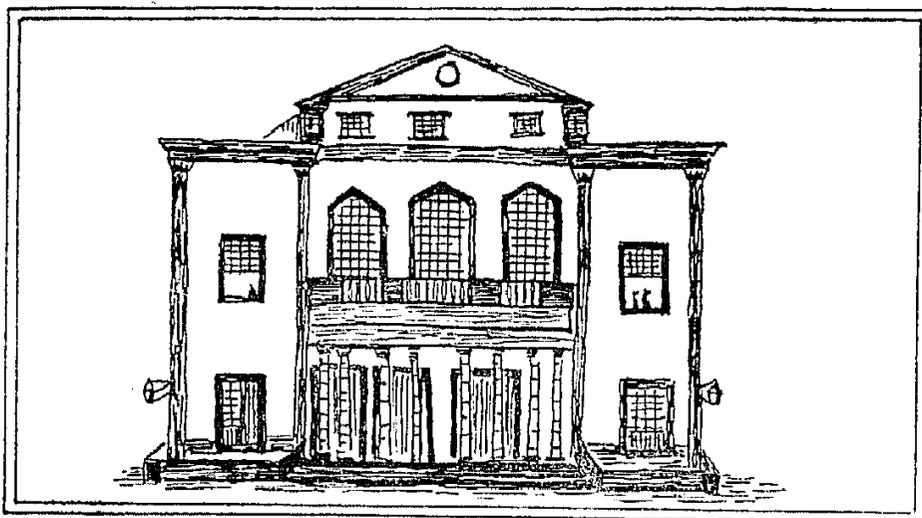
prendimiento, con interés y patriotismo, que se busque y se promueva el bien donde quiera que se encuentre, que se rechace de cualquier parte que venga, y que no se niegue á ninguna de las partes de la Provincia por insignificante que sea, es necesario, sabiendo que sus dos islas principales, Tenerife y Gran Canaria, que sus dos primeras poblaciones, Santa Cruz de Tenerife y Las Palmas, se convengan de que sus intereses no están separados, y que por la fuerza exigen que, como hermanas verdaderas y abstrusas, trabajen mutuamente y de común acuerdo en su felicidad recíproca, y en la de todos y cada uno de los pueblos de los dos Distritos administrativos de que son Capítulos, que haya entre ellas noble emulación, pero no rivalidades odiosas y destructivas, que promuevan sí su propia utilidad y engrandecimiento, pero nunca á costa de la ruina de sus vecinas y hermanas; que sea siempre sin desatender el engrandecimiento y prosperidad de las demás Islas y Pueblos de la Provincia; en fin, que antes sean despendidos y generosos, que envidiosos y egoístas.

He aquí, pues, el queo fin y la tendencia única de este periódico: el conocimiento y generalización de las ideas ilustradas; el conocimiento de los verdaderos intereses de toda la Provincia y de todos sus Pueblos; el estudio de todos los ramos de la administración pública en su aplicación realista; su aplicación á aquellos intereses; y el evitar á todos los Pueblos, á todas las clases, y á los ciudadanos todos,

festaron en numerosos espectáculos públicos, de los que la ejecución por la banda, durante los bailes y serenatas que tuvieron lugar en Las Palmas, de un himno, marcha y vales que compuso Millares Torres y la aparición del primer periódico que vio la luz pública en la ciudad, con el título «El Porvenir», nacido para defender la nueva situación política creada por la publicación de aquel decreto y sostener vibrantemente el espíritu combativo de todos los habitantes de la isla, fueron los más destacados. Su redacción estaba formada por don Antonio López Botas, abogado, don Domingo José Navarro Pastrana, médico y don Agustín Millares Torres, escribano, que se hizo cargo, al mismo tiempo, de la parte literaria, publicando en números sucesivos una narración titulada «Drake en Gran Canaria», «La Muerte de Doramas», «El Crítico», estudio de costumbres, «Canaria en 1809», dedicada en Madrid a doña Casta Barreda de León, «Apuntes de un Diario», «El Parrandista», «Maynel», narración canaria, «El Hombre propone y Dios dispone» y «Luisa», que dejó incompleta.

El creciente prestigio de la orquesta y los adelantos de sus discípulos por un lado y el aliento y ayuda moral que supo imprimirle don Antonio López Botas, jefe político a la sazón de la isla, por otro, le hizo concebir, en holocausto de su pasión por la música y la enseñanza, la idea de escribir una zarzuela adaptada a la capacidad, carácter y conocimiento de los que habían de interpretarla. La representación de esta zarzuela, en dos actos, que tituló «Elvira», fue la primera comunicación que tuvo Millares Torres con el público de su ciudad y en verdad que éste respondió con todo entusiasmo, pues estrenada el 24 de octubre de 1855, fue representada once veces seguidas y produjo, para el Gabinete Literario, más de 15,000 pesetas, cantidad y asistencia de espectadores que sobrepasaba los límites de cuanto se podía concebir por entonces. De más está decir, puesto que es queja que se repite muchas veces en la vida, que a nadie se le ocurrió premiar al autor con un beneficio, una corona, o una joya, pero también es necesario añadir, que Millares Torres se consoló al leer en «El Omnibus» periódico que dirigía don Emiliano Martínez de Escobar, los siguientes elogios a propósito del estreno: «En un país como el nuestro, en donde raras son las producciones del ingenio, sentimos un verdadero entusiasmo, cuando vemos a algún joven que, arrostrando la amarga censura y la crítica, muchas veces parcial de un público dispuesto a recibir con prevención lo que no lleve el sello de extranjerismo, se lanza con arrojo a la palestra y produce ya un tomo de poesía, un drama, una novela, un buen cuadro, un busto o una composición musical».

Esta representación tuvo lugar en el teatro Cairasco, edificio construido por acciones en el año 1840 y en el sitio o solar más cercano al mar del que ocupó el convento de Santa Clara o de San Bernardino de Sena, cuando ordenada su demolición durante el alzamiento contra la Regencia de doña María Cristina. Este convento, que ocupaba una vasta extensión, limitaba al Norte con la plazuela de San Francisco, por un extremo y con



la calle Gotardo, hoy de los Malteses; por el otro, por sus bordes Oeste y Sur, con las calles de Santa Clara (hoy Dr. Déniz) y Remedios y por el Este con diversas casas que tenían sus límites en la calle de la Peregrina. Al ser reconstruido en el año 1720, quedó dividido el monasterio por una calle, en dos partes, la constituida por el convento, que pasó después de demolido a ser La Alameda, y la formada por las casas colindantes que fueron, después de destruidas, ocupadas por el teatro. Terminado en el año 1845, tuvo lugar su inauguración con la puesta en escena de la comedia «Cada cuál con su razón», de Zorrilla, representada por la Sección dramática del Gabinete Literario y de Recreo. En él podían alojarse 500 espectadores y se le dio el nombre, así como a la plazoleta construida en el frontis de entrada, de Cairasco, en recuerdo del poeta que vivió en las referidas casas.

Todo el interés cultural de su vida lo cifraba, como se ve, en esa manifestación del arte que no le dejaba aquietar sus pensamientos. Prueba de ello fue el hecho de que alentado por el buen éxito de la primera zarzuela, se animó a escribir otro de mayores proporciones y con música más escogida. Así nació la letra y música de «Pruebas de Amor», que en la noche

del 24 de mayo de 1856, día del Corpus, se ejecutó en el teatro, con mucha aceptación, después de haber sido ensayada en el Colegio de Señoritas, que se fundó en Las Palmas por doña María de los Remedios de la Torre, viuda de don Juan E. Doreste, víctima del cólera. Sin embargo, a la crítica le pareció que esta zarzuela, compuesta de tres actos y superior en méritos a «Elvira», no tenía la maestría ni la soltura de las que produjo posteriormente, pues si bien conservaba su estilo tradicional, no era éste tan espontáneo como el que posee «Un Disfraz».

*
**

No pudiendo continuar viviendo con sus padres en la calle del Colegio, porque ya tenía en el mundo tres hijos, decidió comprar la casa vieja de la calle de la Gloria, donde había nacido y era de sus progenitores, con el propósito, si Dios le daba suerte, de reedificarla lo antes posible, con arreglo a un plano que había diseñado en unión de su mujer, toda vez que la escasez de recursos no le permitió derribarla y construirla de nuevo. En su virtud, decidieron hacer las obras por partes, empezando por la posterior, mientras la familia se refugiaba en la delantera, fabricando primero en lo alto, el comedor, la cocina, la despensa, el retrete, el sobradillo, los corredores y en la planta baja, el cuarto para las criadas, otro retrete, la carbonera y dos cuartos chicos.

Así las cosas y a pesar de los elogios y aplausos que se le prodigaban por su maravillosa labor musical, con ella no conseguía cubrir sus necesidades, pues los ingresos que obtenía con las clases eran menores que los gastos, debido a que sus alumnos, cuando se iban al campo, no le pagaban y otros le debían muchas mensualidades. Por ello, se decidió a aceptar el nombramiento de director del periódico «El Ómnibus», que antes dirigía como acabo de referir, don Emiliano Martínez de Escobar, por el sueldo de 80 pesetas al mes.

Es necesario decir que desde el año 1839, existía en Las Palmas una imprenta conocida con el nombre de «Imprenta de Las Palmas», propiedad de varios señores que habían constituido una sociedad por acciones para traerla de Londres. Al frente de ella se puso en el año 1854 don Mariano Collina como administrador, después de haber pasado por varias manos y de haber sufrido deterioros de importancia. Por esta causa, los socios fueron retirándose hasta que se hizo dueño del negocio don Francisco Mario Guerra, que le dio el nombre de «La Verdad», pasando más tarde a poder de don José Doreste Bonillo y últimamente al de don Isidro Miranda.

Por otra parte, don Mariano Collina, conocedor de estos asuntos, hizo traer otra en el año 1850, donde se imprimieron los primeros números del «Boletín Oficial del 2.º Distrito», «El Porvenir de Canarias» en 1852 y últimamente el «Ómnibus».

Existían, por consiguiente, dos imprentas en Las Palmas, una que corría este último periódico y la otra titulada, como he dicho, «La Verdad» que necesitaba poseer otro, para sostener su establecimiento. Por esta causa don Isidro Miranda no dudó en ofrecer a Millares Torres la dirección, en las mismas condiciones a las ofrecidas por el señor Collina, pero con la advertencia, por parte de aquél, de que su nombramiento perteneciese en el anónimo. De esta manera Millares Torres, ejerciendo la dirección de «El Ómnibus» y «El Canario», sostenía y fingía en ellos polémicas, diatribas y comentarios críticos diferentes, sobre asuntos iguales.

Échese de ver el esfuerzo que este canario ilustre tuvo que vencer, para mantener el interés público en los dos únicos periódicos semanales que se editaban en Las Palmas y en los cuales estaba vedado hablar de asuntos políticos y de oposición que tuviesen relación con las autoridades provinciales y locales. Increíble nos parece, además, que en una localidad tan pequeña como era la ciudad, don Mariano Collina ignorase siempre que el director del periódico fuese el mismo que el de su rival en el negocio.

Esta nueva faceta de su vida que le obligó a pasarse muchas horas escribiendo, no sólo para sostener la atención de los lectores, sino para publicar narraciones y novelas que llenaron las columnas de los referidos periódicos, le inspiró el deseo de publicar la «Historia de Gran Canaria», no sólo para satisfacer su afición a estos estudios despertados por la lectura de la obra de Viera y Clavijo, sino para defenderla de los ataques apasionados de la prensa de Tenerife. En ella se narran los sucesos acaecidos en la isla hasta la segunda división administrativa de la provincia.

Púsose a trabajar con todo entusiasmo aprovechando la cantidad de material que venía recopilando desde años antes y el día 29 de Abril, fiesta de San Pedro Mártir, con gran sorpresa del público, se repartía la primera entrega a sus suscriptores. De cómo fue recibida la primera publicación se cuenta, que al ser hojeada por algunos abogados de la Ciudad, no faltó quién pronunciara como comentario estas palabras:

¡Qué atrevimiento! ¿Dónde habrá estudiado este chico, para atreverse a escribir una historia?

Tenía a la sazón 34 años y como respuesta a esta interrogación, el tiempo fue testigo de que la historia se acabó de publicar y le sirvió de

base, más tarde, a su «Historia General de las Islas Canarias» que vio terminada en vida y la Real Academia de la Historia premió, con el nombramiento de Socio Correspondiente en esta isla.

*
* *

En tanto esto sucedía, los discípulos escaseaban, el Colegio de Señoritas que habían organizado varios amigos para arbitrar recursos, en beneficio de doña María de los Remedios de la Torre, viuda del abogado don Juan E. Doreste, que había fallecido víctima del cólera y del cual era profesor de solfeo, canto y piano, iba a cerrarse y sus hijos aumentaban en número y edad. Desilusionado, porque nadie en la isla apreciaba el valor de su laboriosidad incansable, pensó que la vejez con este cuadro, se le ofrecía rodeada de privaciones y de miseria, por cuya causa creyó llegado el momento de comenzar una nueva vida y de lanzarse por otros caminos, pues el porvenir que le deparaba el periodismo y la música era azaroso, ya que no había logrado conquistar una posición libre e independiente que le permitiera mirar hacia lo lejos con horizonte claro. Entonces acudió a su memoria el recuerdo de su padre, que con previsora solicitud le había hecho estudiar la carrera del Notariado y pensó en despejar, para siempre, su situación económica, pasando por su mente la idea de comprar la única escribanía (por entonces se llamaba a los notarios, escribanos), que había de venta en Las Palmas.

Como esta profesión era muy codiciada, no había manera de lograr una plaza sino comprando la que hubiera vacante, cederla a la Nación y desempeñarla vitaliciamente. Afortunadamente, la única escribanía que había de venta en la isla había pertenecido al señor Silva, por la que pedía su viuda mil pesos, más los gastos consiguientes que se calculaban en otros quinientos. Imposibilitado de momento para adquirirla, por no contar con los recursos necesarios, comenzó a hacer cábalas, buscando los medios que pondría en acción para conseguirlos, hasta que un día, con la ayuda de don Manuel Sánchez, amigo de la familia y el más acreditado notario de la isla, sufrió los exámenes consiguientes ante la Sala de Gobierno de esta Audiencia y fue recibido de escribano en esta ciudad, el día 5 de agosto de 1861.

Encauzada su vida con este nuevo rumbo y contento porque ganaba lo suficiente para atender las necesidades de su casa, sin privaciones de ninguna clase, parecía de momento que había echado en olvido todas las flaquezas de nuestro prójimo, pero he aquí que, encargado don Antonio

López Botas de llevar a cabo la exposición provincial que había de celebrarse en el nuevo palacio municipal y olvidado su nombre para figurar como miembro integrante de la Junta organizadora a la cual se creyó pertenecer por derecho propio, como individuo representante de la música y el periodismo, su alma vibró violentamente ante la injusticia de que había sido objeto: Ello dio lugar a que al tratar de ejecutarse, como un número más de la fiesta, un concierto con las piezas musicales concursadas, se encontró la Junta que no se había presentado ninguna de Las Palmas y sí en cambio de Tenerife y La Palma. Al darse cuenta de esta contrariedad, fue a visitarle en comisión y a lamentar lo sucedido. Patriota siempre, compuso, instrumentó y ensayó en pocos días, una sinfonía y un aria para bajo, que cantó magistralmente don Fernando Peñate.

*
**

Cuatro años más tarde, con un hogar feliz, porque nada faltaba en él, a pesar de la renunciación que había hecho de sus aficiones a la música y al periodismo, volvió a seguir laborando por el fomento y perfeccionamiento de la cultura, ya que el divino arte era para él, la manifestación más sobresaliente de todos sus sentimientos. Comprendiéndolo así y siendo presidente del Gabinete en el año 1866, don Antonio López Botas, se propusieron dar impulso a su vida cultural que venía apagándose en medio de la indiferencia, redactando un nuevo proyecto de reglamento. A tal efecto, acordaron la celebración de algunas veladas literario-musicales cuya inauguración tuvo lugar el 24 de febrero, con arreglo al siguiente programa;

- 1.º Obertura de la «Ceneventola», a toda orquesta.
- 2.º Discurso sobre «El Patriotismo», por López Botas.
- 3.º Una sonata para la guitarra, de D. Cristóbal Millares.
- 4.º «Sobre el Adelanto de Las Palmas en este Siglo», por D. Domingo J. Navarro.
- 5.º Obertura, compuesta por Millares Torres y ejecutada por la orquesta.
- 6.º Una fantasía de violín sobre Lucrecia, ejecutada por D. Alfonso Álvarez y acompañada al piano por D. Diego Mesa de León.
- 7.º «Apuntes Biográficos sobre Cairasco», escritos y leídos por Millares Torres, y
- 8.º Poesía «A mi Patria», compuesta y leída por el mismo, con motivo de la inauguración de Puerto de Refugio.

A esta velada literario-musical, inaugurada por los hombres más representativos de la ciudad, siguieron otras sostenidas con el mismo entusiasmo por los socios de «El Gabinete», hasta que tuvieron lugar en el curso de estos acontecimientos, si acontecimientos podemos llamar a estas exaltaciones del arte, desavenencias entre los que se creían sus verdaderos organizadores y los que se consideraban preteridos. Disgustado don Fernando Peñate con la Sociedad, porque en atención a sus méritos musicales, no le habían nombrado Socio de Mérito, disgustado también don Nicolás Navarro Sortino, porque le habían borrado del número de sus socios por cuestiones relacionadas con un folletín del país y deseando don Daniel Imbert, don Bufemiano Lorenzo y don Diego Mesa de León, crear un centro musical al que dieron el nombre de «Sociedad Filarmónica», independiente del Gabinete Literario, prescindieron de Millares Torres y de los íntimos amigos que formaban parte de la orquesta que dirigía desde antiguo.

Esta determinación produjo en don Agustín un verdadero disgusto, pues al considerarse postergado por aquellos señores, no pudo menos de lamentarse de lo ocurrido, ya que tenía en su favor el haber enseñado gratuitamente a cuantos tocaban en la ciudad un instrumento de música. Si a esto añadimos, que al ser invitado días después a ingresar en la Sociedad, como socio numerario, experimentó mayor dolor aún, no pecaremos de exagerados si decimos, que al ser requerido para ello, olvidaron que había sido el fundador del periodismo canario, el historiador de su país y el laborioso y desinteresado isleño que, siempre en la brecha, había contribuido a toda mejora beneficiosa de la isla. Pero mayor fue aún su indignación, cuando se dio cuenta de que el público no le había acompañado en simpatía, al notar su ausencia en todas las manifestaciones musicales.

Por algún tiempo, no supo ni pudo olvidar la ofensa recibida, pues de todos es sabido, que si después de habernos agotado en la realización de una idea, nos olvida o critica alguien sin méritos para ello, nos concentramos con nuestro desengaño y damos al dolor que ello nos produce, figura de estimulación que hace al genio crear sin recrear y al hombre de bien seguir la trayectoria que la vocación despertó en su cerebro. Sin embargo, años después, apaciguados los ánimos y olvidados sentimientos y resquemores, con la bondad que ponía en todos sus actos y no creyendo jamás en la maldad humana, aceptó el nombramiento de Socio de Mérito de la misma, por acuerdo de su Junta General.

En este lapso de tiempo que vivió consagrado a su hogar, no transcurrieron en silencio los días, pues dedicado a la literatura y la historia,

escribió numerosos artículos, poesías, discursos y algunas novelas y cuentos aprovechando las horas que le dejaban libre su profesión y como ya había conseguido ahorrar algún dinero, quiso ser propietario comprando una finca, llamada Collado, a don Antonio Falcón Quintana en el precio de 8.000 pesos. La finca era tan extensa que se precisaba un día entero para recorrerla. Situada en San Mateo, al pie de la cumbre, se componía de tierra laborable destinada al cultivo ordinario de árboles frutales en gran cantidad, de estanques de cueva y de una fuente de agua deliciosa que brotaba en la roca y que recogían en la boca, los que tenían sed, por medio de una hoja de laurel. Tenía además en la parte alta, manchones para pasto de las ovejas que el pastor reunía bajo la sombra de un nogal gigantesco. La finca estaba atravesada por un barranquillo en el que se alzaba un gran peñasco y la casa se componía del correspondiente servicio sanitario y de un gran salón que dividieron en dos, por medio de una cortina, para que la separación de los sexos fuera completa.

A dicha finca sólo iba la familia con sus invitados, a pasar dos o tres días, pues cada vez que llevaban a cabo este propósito, tenían que salir de Las Palmas en un charabán que subía por la carretera antigua que empezaba en la cuesta de San Roque, hasta la plaza de Santa Brígida. Una vez en ella, les esperaban las bestias para acomodarse, en sus albardas, los que no tenían el valor de hacer el viaje a pie. El trayecto desde este sitio hasta Collado era larguísimo e interminable, pues se transcurrían dos horas para llegar a la finca, después de cruzar dos barrancos (el de dicho pueblo y el denominado Alonso) y las veredas llenas de pedruscos que hacían incómodo el caminar de las bestias. En aquella hora, una vez sentados, su mujer, rendida por el viaje, tenía que ocuparse en el arreglo de las camas y de la cena que estaba constituida por pescado en escabeche, la hola de carne mechada y las papas cocidas por la mayordoma.

*
* *

Durante el transcurso de estos años, *Millares Torres*, acabo de decir, no permaneció ocioso ante el progreso de las ciencias y ante las ansias de saber que bullía en muchos ciudadanos. Había renunciado a la escribanía de actuaciones, quedándose sólo con la notaría, reformando su casa y publicando novelas y discursos.

Compaginaba así su vida con la asistencia al teatro, donde frecuentaban las compañías de ópera, que tanto entusiasmo provocaban en los canarios, las voces de sus partes principales, hasta llegar a dividirse en

partidarios de una u otra de las primeras figuras. Así sucedió primeramente en los tiempos de La Cavaletti y de La Belisay y posteriormente, con los de las tiples La Tili y La Gordosa, que tuvieron grandes admiradores. Millares Torres fue ardiente defensor de La Tili, y enronquecía con frecuencia, de tanto gritar, cuando los gordesianos le hacían muestras de desagrado. Una noche, el alcalde de la ciudad doctor don José Torres Matos que presidía la función, quiso prohibir la repetición de un baile anunciado con el nombre de «Trípili-Trápala», que se interpretaba en los entreactos. Con este motivo se originó un formidable escándalo, que obligó a la autoridad municipal a requerir el auxilio de la fuerza armada, entrando en el patio cuatro soldados y un cabo, que llevaron presos a algunas personas conocidas de la ciudad. Lo cierto es que al terminarse de esta manera la función, se formó una imponente manifestación pública que recorrió las calles de Las Palmas dando mueras al alcalde.

En el año 1873, existían en Las Palmas dos Sociedades que se disputaban el dominio de la inteligencia sobre las demás facultades del alma; una republicana y librepensadora, llamada «El Liceo», instalada en la calle de Santa Clara, en la casa donde vivió después don Francisco Gourié, dando a la Alameda, y otra conservadora y monárquica, centro del partido denominado «Bombero», del que era jefe don Antonio López Botas, a la que llamaron «La Tertulia» y tenía su domicilio en la casa, de planta alta, situada en la esquina formada por las calles de Triana y Perdomo.

Ambas rivalizaban en la suntuosidad y concurrencia a los bailes y en el arte escénico, pues cada una tenía su cuadro de compañía de aficionados y representaban las mismas obras. En «El Liceo» se celebraron varios certámenes sobre temas históricos y sociales, que interesaban al público, dada la situación política por que atravesaba la Nación. Temas candentes y de controversia sobre «El Progreso Indefinido», «La Política de Felipe II», «La Guerra de la Independencia», «La Libre Emisión del Pensamiento» y «La Revolución Francesa como Punto de Partida de la Libertad Moderna». Todos ellos fueron escritos y presentados por Millares Torres, ante un público numeroso que oía complacido las intervenciones de don Eduardo Benítez González, abogado famoso y de gran elocuencia, don Francisco Acosta Sarmiento, relator, secretario de la Audiencia y después magistrado y presidente de la de Zaragoza, don Edmundo Aguilar, registrador de la Propiedad, don Anselmo Arenas, catedrático del Instituto y otros más.

Además de estas sociedades culturales y de las que hemos hecho relación en páginas anteriores, existía también en Las Palmas un Instituto local

de Segunda Enseñanza, que, al no tener edificio propio, estaba ubicado en el mismo local donde funcionaba el Colegio de San Agustín. Su sostenimiento corría a cargo de los ayuntamientos de la isla, pero sólo el de Las Palmas cumplía su obligación. Fueron sus catedráticos, don Anselmo Arenas Milego y don Salvador Calderón que explicaba Geografía e Historia, Psicología, Lógica y Ética, e Historia Natural, y su director, don Alejo Luis Yagüe, doctor en Ciencias Químicas y farmacéutico, que regía la cátedra de Física y Química y tenía su farmacia en el mismo local que la tuvo después, don Gaspar Meléndez.

En elogio de los mismos, he de decir que sus explicaciones alcanzaron fama, pues pronunciaron verdaderos discursos que atraían y llenaban sus cátedras de numeroso público.

Toda esta contribución al cultivo de los conocimientos humanos, dio lugar a que los partidarios de la triunfante restauración, como consecuencia del pronunciamiento de Sagunto por parte de Martínez Campos, presentaran denuncia contra estos señores, en la Junta Local de Enseñanza, para que se les formara expediente por haber estado enseñando, en sus cátedras, teorías contrarias al dogma. Como resultado de las mismas, fueron trasladados a la Península don Anselmo Arenas Milego y don Salvador Calderón y, don Alejo Luis Yagüe a desempeñar la cátedra de Química de la Universidad de Granada.

Vieron la luz pública, poco tiempo después de estos sucesos, la novela «Eduardo Alar» y el primer tomo de la «Biografía de Canarios Célebres», obra que como su nombre lo indica se compone de una galería biográfica de hijos ilustres de Canarias de la que se hizo segunda edición en 1879 aumentada con nuevas biografías y un bosquejo histórico sobre los progresos de la civilización en el archipiélago. Esta obra dio origen a un incidente desagradable que merece nos detengamos un poco en su narración, para que se vea a que estado había llegado las relaciones entre los elementos religiosos y los que se tildaban de pensar libremente sobre cualquier asunto que interesara al bien común.

Regía los destinos religiosos de las islas, el obispo doctor don José María de Urquinaona y Bidot, el que habiendo leído con disgusto la publicación de la biografía aparecida en el año 1872, al negarse don Agustín Millares en conferencia provocada al efecto, a rectificar las noticias que consideraba verídicas, toda vez que estaban confirmadas por los documentos de la historia, no dudó en enviar el mencionado obispo la siguiente censura, con fecha 4 de mayo de 1874, al Boletín Eclesiástico de la Diócesis.

«Nos Dr. D. José María de Urquinaona y Bidot, por la gracia de Dios y por la Santa Sede Apostólica, Obispo de Canarias, administrador apostólico de Tenerife, Subdelegado Castrense de estas islas: «Habiéndonos denunciado la obra «Biografía de Canarias Célebres», escrita por D. Agustín Millares e impresa el año anterior en el establecimiento tipográfico de D. Víctor Doreste, que hasta hace muy poco tiempo ignorábamos se hubiera publicado en esta ciudad, la remitimos a los examinadores sinodales que constituyen la Junta Consultiva de las conferencias del Clero, a fin de que leyéndola con la detención conveniente, nos expresaran el juicio que formaban de ella y con fecha de ayer hemos recibido su dictamen que está concebido en los siguientes términos:

«Ilustrísimo Señor: El sinodo encargado de dar dictamen sobre el primer tomo que con el título de «Biografía de Canarias Célebres» ha publicado D. Agustín Millares, imprenta de D. Víctor Doreste, ha examinado dicho libro y encuentra en él muchas proposiciones erróneas, escandalosas, falsas, subversivas de la verdadera idea de la virtud, ofensivas a la buena memoria de dos prelados insignes, al Cabildo de la Iglesia Catedral de Canarias y a la esclarecida Compañía de Jesús. Por lo cual la lectura del volumen de que se trata, como comprendido en la regla 7 del Índice y el párrafo 2.º de la Instrucción de Clemente VII, debe prohibirse. Dios guarde a V. S. I. muchos años.

Las Palmas, 20 de Enero de 1874.»

«Con la censura que antecede a la vista, hemos repasado la obra por Nos mismo y la encontramos bien merecedora de ella, por las gravísimas ofensas que hace de la Iglesia de J. C. no perdonando ocasión de prevenir contra ella los ánimos, como si fuera verdadera enemiga de la ilustración y de la prosperidad social, por manera tan depreciativa e intencionada con que habla de los institutos monásticos, especialmente de la Compañía de Jesús, por su tendencia constante a rebajar y ridiculizar las creencias y tradiciones piadosas de aquéllos de los pueblos, por lo que lastima el pudor al par que hiere la estimación siempre respetable de los príncipes de la Iglesia y sobre todo, por tener el atrevimiento de dar más valor a sus propias ideas que a las enseñanzas de los libros santos con respecto al mérito supremo de la virginidad. Muy grande es la pena que siente nuestra alma, porque se haya dado a

luz una producción de este género en la capital misma del Obispado y nada menos, según declara su autor, que para esclarecer la gloria del país haciendo una reseña de los hombres más célebres que han florecido en estas islas. Sentimos también muchísimo ejercer nuestro ministerio adoptando las medidas severas que corresponden a este desgraciado suceso, pero en vista de que en los tres meses transcurridos desde nuestra entrevista con el autor, no ha publicado como le propusimos su retractación y sabemos que la obra sigue especulando en estas islas sin corrección alguna; haciendo fuerza a nuestro corazón para llenar un deber de conciencia, condenamos la dicha obra y mandamos que todos los que conserven ejemplares de ella los remitan a Nos, con sobre cerrado y lacrado, bien sea directamente, ya por medio de sus respectivos párrocos. Estas disposiciones que tomamos en desempeño de nuestro santo ministerio, son exclusivamente sobre la obra, sin que sea nuestro ánimo ofender ni perjudicar lo más mínimo a su autor, a quien amamos de corazón y compadecemos con toda nuestra alma, deseando que el Señor le dé a conocer la grave falta que ha cometido, para que la subsane del modo posible; cuando así lo haga nos encontrará con los brazos abiertos y el corazón lleno de ternura del mejor padre para reconciliarlo con Dios y derramar en su alma el don de la divina gracia, con las bendiciones de su misericordia. Por él y por todos nuestros amadísimos fieles que moran en el Archipiélago Canario, elevamos diariamente nuestras plegarias al Cielo, queriendo alcanzarle la mejor suerte que pueda convenirles en el mundo y sobre todo, la dicha consumada de la feliz eternidad.

Palacio Episcopal de Las Palmas de Gran Canaria, 27 de Abril de 1876».

El edicto fue leído en las dos catedrales y en todas las parroquias de la provincia. No puede negarse que tal resolución produjo quebrantos económicos a su autor y que fue recibida en distintos sentidos por el pueblo, pues en contra de los que profesaban el dogma católico y obedecieron las órdenes del señor obispo, devolviendo el libro o negándose a leerlo, se encontraban los elementos liberales, los cuales no sólo reaccionaron en sentido contrario publicando sus opiniones en los periódicos «El Porvenir» y «La Afortunada» para defenderlo valerosamente, sino que prepararon una serenata para agasajarlo y acompañarle en tan discutidos momentos.

En efecto, en el mismo día en que se leyó el mencionado edicto en el púlpito de la catedral, por el canónigo don Miguel Torres Daza, tuvo lugar un concierto para los heridos de la guerra civil en el teatro de la ciudad, el cual se vio ocupado en su totalidad por todo el público culto e ilustrado de Las Palmas. El concierto a base de oberturas, romanzas y dúos, cantados por los elementos musicales de más prestigio de la población, fue un éxito sin precedentes, hasta el punto de que el auditorio vibraba de emoción, no solamente por la maestría, sentimiento y expresión con que eran ejecutadas, sino por el ambiente que iba subiendo de tono, a medida que iba desarrollándose el programa, pues bastó que don Agustín Millares leyese la composición poética titulada «A la Libertad», con entonación robusta y armoniosa, decía la prensa, para que el público desbordado por la pasión, acogiese cada una de sus estrofas con entusiastas ¡bravos! y continuos aplausos.

*Desde que el hombre apareció en la tierra
su frente altiva al cielo levantó,
e interrogando cuanto el mundo encierra
¿Porqué he nacido? audaz le preguntó.
Siempre a su lado esfinge misteriosa
su faz velada alzaba por doquier,
Y a pesar de su vida horrascosa
devorábale el ansia de saber.
¿Quién era el hombre en su primera infancia?
Un ser donde se veía flotar
el destello divino y la ignorancia,
los instintos del bien y los del mal
eran polos opuestos sus destinos
vagando entre el nacer y entre el morir...
Sólo abrojos hallaba en su camino;
sólo hiel en la copa del vivir.
Horas miles de lágrimas, ardiente
trocaba por minutos de placer...
Junto a la risa el llanto, y en la mente
el pensamiento horrible del no ser.
Tal era el hombre en su pensar profundo
de sus pasiones víctima fatal,
sin norma fija, náufrago del mundo
queriendo el bien para adorar el mal.*

*Sin fe, ni esperanza ¿qué aguardaba?
¿qué remedio a su mal encontrar ya?
Y sin embargo el corazón buscaba
con afanoso empeño un más allá.
La vista atiende, al universo admira
escucha, al fin, de su interior la voz,
Y de repente enagenado mira
el alma en sí, y en el espacio a Dios.
Del progreso la mágica semilla
se ve entonces fecunda germinar,
la tierra como esclava se le humilla,
la materia se siente dominar
con los rayos divinos de la ciencia
el hombre ya no teme el porvenir.
Rey del mundo, en vasta inteligencia
otros mundos se lanza a descubrir.
La fuerza bruta, el látigo sangriento
Código vil de abyecta sociedad,
cual vanas sombras que arrebató el viento
son tan sólo memorias de otra edad.
Del ciego fanatismo las tinieblas,
que a la idea pretenden envolver
al soplo del progreso como nieblas,
huyen cobardes para no volver.
Divina libertad, don sacrosanto
eterna emanación del Creador,
al bajar de los cielos, en tu manto
llevaste al hombre dignidad y honor.
Sin tí no hubiera verdadera gloria
la tierra fuera inmundo lodazal,
sin tí no hubiera de virtud memoria
y el bien rendido sucumbiera al mal.
Sigue animando con tu aliento al hombre;
confianza inspira al que dudó hasta ayer
sirva de enseña tu glorioso nombre
que encierra en sí tan mágico poder.
Dile a esa turba que ignorante grita
y se atreve tu nombre a profanar,*

*que siempre ha sido para tí maldita
causa sin orden, fin sin libertad.
Dile asimismo, libertad querida
a esa otra turba, hipócrita y feroz
que en vano esgrime el arma fratricida
en nombre de su Rey y de su Dios.
Dile que el tiempo en su veloz carrera
lleva en sus alas huracán social,
que lo que entonces respetado era
cual hoja seca el viento arrancará.
Dile que en vano un enemigo bando
el pensamiento quiere comprimir,
con vuelo audaz las nubes desgarrando
el pensamiento tornará a subir.
Grito de libertad, los aires hiende
que hasta ambos polos resonando va
su luz divina el horizonte enciende
rasgando el velo de ignorancia ya.
Pasó ese tiempo en que los pueblos eran
de una familia vergonzoso don
y en que plebes estúpidas creyeran
que tanto absurdo sancionaba Dios.
Del vértigo social la fuerza insana
tal vez nos lleve en su revuelto mar;
pero vendrá para la raza hispana
la luz que al fin nos tornará a salvar,
Llegará un día en que la tierra sea
unida en lazo de amorosa unión,
el reflejo lejano de esa idea
que del Cielo recuerda el corazón.*

Calmada la agitación que produjo la lectura de los versos, se siguió cantando música de ópera por varias señoritas, alumnas del señor Millares, hasta la terminación de la velada. Es de presumir, visto el éxito que obtuvo la misma, experimentara don Agustín aquella noche, una enorme alegría y consuelo al verse acompañado en simpatías por el público, demostrando con ello que las ideas de libertad y progreso ensambladas en el respeto a la autoridad y que algunos anatematizan, encontrarían eco en

el corazón de los que consideraron injusto el ataque de la dignidad eclesiástica, máxime cuando la prensa del año 1873, en que vio la luz pública dicha obra, ajena a lo que se acercaba, especialmente los periódicos «El Popular», «La Opinión», «La Atlántida» y «La Verdad», recibieron con albricias su publicación, —decían— dada la corrección de su estilo y el espíritu de patriotismo que había creado, pues a poco que se fijara en el estado actual de aquella sociedad, se observaba que el egoísmo dominaba a los jóvenes y que la más glacial indiferencia hacía presa en el público en general. Por ello, continuaban diciendo, si el recuerdo de los hombres distinguidos del archipiélago y el ejemplo de civismo y virtudes nos despiertan el espíritu popular, fuerza es confesar que se estaba a punto de perder el carácter y las condiciones de los que nos precedieron en el camino de la vida. Las biografías de canarios célebres, han de influir notablemente en el ánimo de nuestros contratiempos, para dar nueva dirección a su actividad en beneficio de la patria. Su lectura ensancha el ánimo y recrea la inteligencia, aun cuando en algunos capítulos haya expresado doctrinas y sentado principios excesivamente democráticos».

Este incidente no le arredró ni le hizo pensar en rectificar su conducta con respecto a la intimidad de su hogar. Por el contrario, aprovechando las horas a él consagradas, publicó en este mismo año los cuatro tomos de la «Historia de la Inquisición en Canarias», obra que fue bien recibida por los estudiosos de la isla, ya que en ellos haciendo relación documentada de cuanto sucedió en el archipiélago con la implantación del Santo Tribunal, fue un constante fustigador de su actuación y de sus injusticias. Envió ejemplares a muchos centros de investigación de la Península, llenándole de satisfacción la carta que recibió del historiador y catedrático de la Universidad Central don José Amador de los Ríos, en la que le alentaba a perseverar en el cultivo de las ciencias históricas, dado que la juventud era la llamada a realizar el bello ideal que concebían unos pocos, tal vez con más generoso aliento para adivinarlo, que fuerzas para conseguirlo.

Escribió también «Benartemi, el Último Canario», que mereció por parte de la «Revista de España» de Madrid, la siguiente crítica: «La novela en cuestión, que recuerda un tanto, en su forma, a algunas de las que tan justa fama han dado al norteamericano Fenimore Cooper, está como muchas de éstas, inspirada en los recuerdos de independencia de los hijos del país en su lucha con los conquistadores. Este último canario es un gallardo mancebo, nieto del último rey de Gran Canaria, y que oculta su nombre de Fernando de Carvajal bajo el indígena de Benartemi, con el cual y al frente

de una banda de astutos, valientes y fuertísimos naturales que niegan su vasallaje al español vencedor, trae revuelta la isla y pone en cuidado y aun en temor, a los conspiradores. A sus conatos de independencia y aun de soberanía, se agrega la protección amorosa de Isabel, nieta también del postrer soberano insular y prometida de un viejo guerrero, gobernador de la isla».

El ambiente creado en la ciudad al calor del que existía en la Nación, como consecuencia de la lucha entre los partidos políticos y la serie de incidentes sucedidos en el distinto pensar y razonar de las gentes, dio lugar a la formación en Las Palmas de dos campos de ideas encontradas, que aprovechaban la menor ocasión para ponerlas en evidencia. Desde los que levantándose como un solo hombre, habían proclamado el dogma santo de la libertad humana, recobrando la conciencia su perdida inviolabilidad y el pensamiento el libre derecho de emisión, hasta los que guiados por el fiero absolutismo, impusieron el ciego fanatismo violando el fuero de la tolerancia, se sucedieron luchas de ideas que los aisló del mundo civilizado, para colocarlos a las puertas de Africa, sino hubiera sido porque poniendo Dios la fe purísima en el corazón de los hombres, se obtuvo el triunfo definitivo de la libertad científica, religiosa y moral.

Como colofón a lo que antecede, es nuestro deber referir el acto y sus consecuencias, que tuvieron lugar en el primer centenario de la creación de la Real Sociedad Económica de Amigos del País, celebrado en Las Palmas el día 25 de febrero de 1877. Con asistencia de numeroso público, entre los cuales se encontraban algunos eclesiásticos y redactores de «El Gólgota», periódico de derechas que se publicaba también en la ciudad, se leyeron cuatro discursos sobre Agricultura, Industria, Comercio y Ciencias y Artes, a cargo respectivamente de don Felipe Massieu, don Gregorio Chil Naranjo, don Amaranto Martínez de Escobar y don Agustín Millares Torres, discursos que fueron censados y aprobados por la mayoría de sus socios en evitación de que se repitiera el incidente anterior.

A pesar de ello, no les faltó tiempo a aquellos señores, para poner rápidamente en conocimiento del señor Urquinaona, ausente en Teror, que las poesías leídas por Millares Torres, encerraban un ataque al Tribunal de la Inquisición y al Clero, en el sentido de juzgarlo, como una rémora, para el progreso intelectual de España.

Con este motivo, el prelado se dirigió al director de la Sociedad, don Manuel González, amenazándole con censuras si se llegaba a publicar el discurso, produciéndose, como consecuencia, un clima de inquietud e

intranquilidad, entre dicha autoridad y la dirección de la Sociedad. Intervinieron en la disputa, los elementos más importantes de la ciudad en uno y otro sentido, entre los cuales don Domingo J. Navarro Pérez y el canónigo señor Peñalver, fueron los más destacados. El hecho fue que después de numerosas conversaciones, el señor Millares Torres renunció a seguir siendo socio de la Económica y dio su conformidad a que no se publicase el discurso, siempre y cuando la Sociedad pasara por la vergüenza, como así lo hizo, de verse compelida a ello por el señor obispo.

*
* *

Dedicado a los suyos como acabo de decir, entregado a la redacción de escrituras y haciendo acopio de documentos, libros y datos escritos a mano, referentes a nuestra historia, fueron muchas las horas que pasó robándolas al sueño, en unión de sus dos hijos varones, Luis y Agustín. Dígalo si no, la enorme cantidad y calidad de aquellos que se conservan en el archivo de la Sociedad El Museo Canario. En todos ellos, la escritura del famoso patricio trazada con mano firme y segura, parece marcar el camino, largo por lo que abarca, pero al fin y a la postre único que ha de conducirle a la inmortalidad. Cuéntase que interesándole para su «Historia General de las Islas Canarias», obtener copia de las del archivo Catedral, cuyos libros estaban alejados de sus manos, por tener prohibido el Cabildo retirar los originales del referido archivo, se puso al habla una tarde, con el perrero de nuestra Basílica, para llevárselos y copiarlos en su casa, antes de que saliese el sol. No está de más el decir que durante la noche se llevó a cabo su propósito, en unión de sus hijos, sin que los párpados se hubiesen rendido al sueño y sin que el delito hubiese sido puesto en conocimiento de los señores canónigos.

Inquieto siempre por el adelanto de las letras y de las artes en su país y comprendiendo que a muchos elementos y amigos les faltaba el impulso y la decisión de quien sentía bullir en su alma la protesta contra todo lo que significaba apatía e indecisión, reunió en su casa un número considerable de personas cultas con el fin de cambiar impresiones para fundar un museo y ateneo. A tal efecto, les presentó el proyecto de reglamento que tenía hecho y les instó a que nombraran una comisión revisora del mismo, pues unos eran partidarios de fundar un museo, otros de constituir un ateneo y los menos las dos cosas a la vez.

Es de pensar, que enterados de su propósito, los señores Chíl Naranjo, Grau Bassas y don Diego Ripoché, se reunieran en el domicilio del primero,

para hablar extensamente de lo que se estaba elaborando en silencio y actuar a continuación con toda la anticipación posible. Lo cierto es, que después de haber bosquejado el correspondiente reglamento, lo presentaron al subgobernador para su aprobación, quedando instalado lo que se llamó después «El Museo Canario», una vez nombrados Millares Torres y los amigos que asistieron a su casa, socios fundadores de la benemérita Sociedad. Este fue pues el inicio de su creación en el año 1879, Sociedad que constituyó y constituye un honor y gloria para las islas, puesto que ella es la verdadera representación de la cultura canaria. A ella prestó su entusiasta y decidida colaboración, no sólo desempeñando el cargo de vicepresidente, sino dirigiendo la publicación de la revista en los primeros años de su existencia, aportando trabajos de estudio e investigación.

Hemos de hacer punto en este momento, para poner de relieve el carácter vehemente de nuestro biografiado, cuando alguien trataba de hacerle observaciones llamándole a la realidad de los hechos, en los proyectos que surgían de su imaginación y fantasía calurosas. Dos ejemplos bastarán para demostrarlo, ejemplos que se citan, a través de los años, por quienes los oyeron de sus mayores. El primero tuvo lugar en el año 1880, al tratar de celebrarse una exposición provincial con motivo de la conmemoración del cuarto centenario de la incorporación de Gran Canaria a la Corona de Castilla. Sus sesiones preparatorias se verificaron en la Sociedad Económica de Amigos del País, de la cual era censor el doctor Chil Naranjo y como en los estatutos de la misma se establecía, como norma reglamentaria, que ninguna propuesta presentada por sus socios podía ser tomada en consideración, sino era antes aceptada por éste, Millares Torres impulsado por su imaginación siempre ardiente y fogosa, quiso ampliar el contenido de la misma extendiendo su acción a nuestras posesiones de África, para que se pudiesen exponer los productos de aquellas tierras que tuvieran relación con el comercio, industria, agricultura, arte y política.

Tomó la palabra Millares Torres para defender su propuesta, dando rienda suelta a su imaginación de escritor, sin haber hecho de antemano el estudio económico correspondiente y como el censor le hiciera objeciones en el sentido de poner en evidencia lo irrealizable del proyecto, no sólo por las dificultades que traía consigo la distancia que nos separaba de España y América, sino porque no se contaba con el dinero suficiente, don Agustín, poniéndose en pie, al oírlo, y con el candor del que vive en las alturas, replicó:

— Si empiezan a hablar de tonterías me marchó — y es claro, terminó por marcharse.

El segundo ocurrió en el mes de marzo del mismo año, al celebrarse en el teatro nuevo que llamaron después Tirso de Molina, una reunión de los patriotas que habían contribuido a su construcción. En efecto, presididos por don Ferreol de Aguilar, que lo hacía en sustitución de don Juan de León y Joven, se suscitó el tema de su inauguración. Como es de suponer, cada uno de los asistentes expuso su opinión, sin que de momento se pudiesen poner de acuerdo, ya que unos eran partidarios de hacerla con una compañía dramática, otros con una de zarzuela y los menos con una de ópera. Formaban parte de aquéllos mi biografiado y su consuegro don Tomás Bosch y Sastre, Jefe de una importante casa de comercio y armador de una flota de buques veleros establecida en Las Palmas desde el año 1865.



Tomó la palabra don Agustín, máxima autoridad en la isla en cuestiones musicales, espíritu, como he dicho, romántico, que trataba de convencer con su facilidad de palabras y de exposición, sin tener en cuenta las dificultades económicas que tal o cual propósito llevaba anejas, pues para él todo lo resolvía la pluma que obedecía a dictados del corazón, más que del cerebro. Por el contrario, don Tomás Bosch, hombre de números y de negocios, anteponía siempre su cerebro al corazón, a pesar de la pasión que sentía por la música que sonara bien al oído y fuera fácil de interpretar.

Después de muchas discusiones, se convino, en que se estrenara el teatro con el debut de una compañía de ópera y como por aquellos tiempos un músico alemán, Wagner, invadía los escenarios de Europa con sus óperas de sonoridad, instrumentación y corte opuestas a las italianas, Millares Torres, conocedor de la de aquel gran maestro, queriendo dar una

prueba más de su cultura musical, exclamó levantándose de su asiento:

—¡Tanhauser, señores, Tanhauser!

Hecho el silencio porque ninguno de los concursantes había oído tal palabra, don Tomás Bosch, admirador entusiasta de la música de Verdi, interrumpió rápidamente al señor Millares, como si le hubieran pinchado en el cuerpo, diciendo:

—¡Qué tanque ni qué tanque ha dicho ese bobo! ¡El Trovador, repuñaeta, y nada más que el Trovador!

*
* *

Durante algunos años acostumbraron a pasarse las temporadas veraniegas, para descanso del trabajo cada vez más abrumador de la notaría y para solaz de sus hijos, que iban entrando en la edad de las ilusiones, en la barriada del Puerto de La Luz, formada por la ermita de su nombre, la casita contigua casi ruinosa que les cedía gratuitamente el párroco de San Bernardo, la llamada «Casa del Mesón», la de «Señá Rosarito», la del «Sargento», denominada así por esta autoridad del Ejército, la que ostentaba la representación civil y militar de Las Palmas y dos casuchas semi-ruinosas, mansiones solariegas de las dos familias que capitaneaban los dos grupos de pescadores existentes, llamados «Los Montenegros» y «Los Perpetuos». Y era curioso saber como gozaban sus hijos, al llegar la época de la mudada, montando los pequeños sobre los colchones colocados en la carreta que salía de la calle García Tello, en horas de la madrugada, arras-



trada por dos hermosos caballos, mientras los mayores caminaban, acompañándola, por veredas y playas, hasta llegar al sitio de su destino.

Una vez en su casa, vivían como salvajes, metidos todo el día en el mar en la hermosa playa del Cayo que ya no existe, iban a pescar al muelle reducido a unos cuantos prismas y a jugar al aro disparado por dos punzones, que era recogido por otros dos, manejados y despedidos, a su vez, por el otro jugador. En 1882, habitaron la casa de su hijo político, don José

Champsaur Sicilia, situada en la playa del Arrecife, ocupada por un grupo de casas con frontis al Sur, o sea mirando a Las Palmas. La primera, empezando por el naciente, pertenecía a don Ricardo Alvarez, suegro de don Plácido Benítez, la segunda al procurador don Fernando Baez, a continuación la del señor Champsaur precedida por un patiecito rodeado de muros con entrada por el lado del Arrecife y al final, un casucho de marineros, en el que vivía un centenario que decía había servido en los barcos del Rey, cuando la guerra con el francés. A corta distancia se alzaba la gran casa construida por don Juan Carló, cuyo núcleo fue una habitación terrera que compró y ostentaba en la fachada el pomposo nombre de Casa de Recreo.

Reducido como vemos el Puerto de Refugio a estos grupos pequeños de casas donde la vida se deslizaba mansamente, sin más compañía que la de los marineros que moraban en chozas constituidas, unas por piedras y otras por esteras, sin agua, alumbrado ni condiciones higiénicas de ninguna clase, volvió a ser el tema de las preocupaciones y esperanzas del pueblo canario, la idea de llevar a cabo el máximo esfuerzo para recabar del gobierno de la Nación la construcción del puerto de La Luz. Se pusieron en pie de lucha los políticos de la isla, se rechazaron cuantos obstáculos podían oponerse al logro de la idea y en medio del entusiasmo que dominaba a todos los hijos de la misma se logró, gracias al esfuerzo y a la labor admirable de los hermanos León y Castillo, la aprobación del proyecto y de la subasta de su construcción. Pero antes de seguir adelante, he de decir que en el año 1858, Millares Torres, siendo director del periódico «El Ómnibus» y aprovechando la noticia de la segunda división administrativa de la provincia, escribió en su número 10, el siguiente artículo que traigo a colación, por ser portavoz de un anhelo que por entonces se dejaba sentir en la población.

«Entre los diversos proyectos que se proponían, ninguno merece en nuestro concepto una predilección más absoluta, que la mejora y ensanche del puerto de la Luz y la construcción en él de un carenero, un dique, un muelle astillero, una dársena y un muelle. El día en que poseamos un carenero, un dique, un muelle en las playas de la isleta, los buques de todas las naciones que cruzan estos mares, vendrán diariamente a saludar nuestra bandera. Allí está nuestro porvenir, allí está nuestra futura grandeza, allí está, en fin, ese diploma de capitalidad que nos legaron nuestros abuelos... Sabido es que en el archipiélago no existe un puerto de refugio que reúna las condiciones que se exijan para obtener la confianza de las naciones

marítimas y hacer que sus buques encuentren, con toda seguridad, un asilo donde reparar en esa latitud sus averías. Aquí hallarían entonces un abrigo contra los malos tiempos, abundantes refrescos para sus tripulaciones y todos los útiles necesarios para el aparejo y carena de las naves que buscan refugio en el puerto. El comercio extranjero y las líneas de vapores abandonarían las radas que no les ofrecen una completa seguridad, ya por su defectuoso anclaje, ya por la bravura del mar y frecuentarían la del puerto de La Luz, que llegaría a ser el punto de descanso de todos los buques nacionales y extranjeros que cruzan por esta altura».

Cinco años después, en 1863, don Fernando de León y Castillo escribía en «Las Canarias», periódico que veía la luz pública en Madrid, lo siguiente «Creemos firmemente, con la fe que da la convicción más profunda, que la isla de Gran Canaria debe hoy fijar su vista en la construcción del muelle del Puerto de la Luz; a nuestro modo de ver éste es el dunto de partida para sus progresos ulteriores, la base de su futura riqueza y prosperidad, la primera señal de vida de un pueblo que parece expirar apartado de los demás... La historia del comercio es la historia de la civilización, la historia de las relaciones humanas, el pueblo que la comprende se salva y llegará infaliblemente al grado de prosperidad y adelanto a que sin cesar se acercan todos los pueblos modernos. El comercio no se contenta con las vías de comunicación terrestre, su genio es eminentemente cosmopolita y sin temer la furia de las tempestades salva intrépido todas las distancias y enlaza, con fuertes vínculos, pueblos apartados por la inmensidad de los mares. Por su posición geográfica las islas Canarias son el punto de escala para las relaciones de Europa con América, el Asia y sobre todo con el Africa. La isla de Gran Canaria está llamada a prestar este servicio, porque cuenta con bastantes elementos para ello. El puerto ha de convertirse, tan pronto como se construyan las obras en curso de ejecución, en un puerto completamente cerrado, capaz de dar abrigo a un número fabuloso de embarcaciones y el día en que éstas se terminen, se abrirá a la navegación y al comercio y será grande e inmenso el desarrollo que experimenten la ciudad de Las Palmas y los pueblos todos de Gran Canaria».

No se equivocaron las predicciones de ambos ilustres hijos de la isla. La importancia que ésta ha adquirido, el número considerable de buques que arriban diariamente a su rada y la fama que ha adquirido como puerto de primera magnitud, son testigos de mayor excepción que confirman de continuo lo que antecede.

Inauguradas las obras de construcción el día 26 de febrero de 1883, tuvo lugar aquel mismo día, un banquete en el que se pronunciaron entusiastas brindis, se elevaron fervientes votos por la prosperidad de la empresa y se dieron numerosos vivas a los dos patricios autores del proyecto. En aquella tarde, se levantó don Agustín Millares para leer la siguiente poesía:

A MI PATRIA

(EN LA INAUGURACIÓN DEL PUERTO DE LA LUZ)

*Reina inmortal del suelo afortunado,
recuerdo vivo del perdido Edén
esplendorosa virgen que coronas
con flores mil tu perfumada sien.
Vergel querido de eternal verdura,
nido de rosas que el amor creó,
ninfa hechicera de azulado manto,
brillante perla que del mar brotó.
Alza la frente que velada un día
con negra nube oscureció tu faz,
alza la frente y arrogante mira
la luz que viene a disipar tu afán.
En estas aguas que surcadas fueron
por las naves invictas de Colón,
en estas playas que sus pies tocaron
y do la Pinta su timón cambió,
en esta rada de espaciosa anchura
de igual sondaje y olas de zafir,
en este puerto de cambiante espuma,
aquí Canaria, está tu porvenir.
Un hijo tuyo, meditando encuentra
de tu destino, al fin la solución,
y traza el plano de tu puerto un día
de patriotismo henchido el corazón.
Otro hijo tuyo, honor de las Españas,
y de tu patria impávido sostén,
el plan acepta y lo convierte en hecho,
pleclaro don de inagotable bien.*

*La industria entonces y el comercio unidos
fuente perenne de progresos mil,
sus alas poderosas, desplegando
vinieron juntos a instalarse aquí.
De hoy, mas cesó la postergada suerte,
mil ríos de oro correrán en pos,
y nuestra historia guardará los nombres
de Ripoche, de Swanston y León.*

El día 3 de agosto de 1890, tuvo lugar en el extenso comedor del Gran Hotel de Santa Catalina, situado en el barrio del mismo nombre, un banquete en honor de los mismos hermanos. En aquellos tiempos, el hotel era un edificio que figuraba entre los primeros de nuestra población y su construcción hija del progreso que iba adquiriendo cada día el puerto, se hizo necesaria no sólo para que la colonia extranjera pudiera encontrar satisfechas las aspiraciones de su bienestar, sino para que todo el mundo fuese portavoz de la salubridad y acción benéfica del clima de esta isla que como las seis restantes del archipiélago hace honor, desde tiempos relativamente remotos, al sobrenombre de Afortunadas.

Se trataba, como acabo de decir, de llevar a efecto el gran homenaje que la ciudad de Las Palmas debía a los dos ilustres hombres, autores, en la política y en la ciencia, de este gran puerto que ha sido siempre el origen de la importancia mercantil e industrial de la isla de Gran Canaria. La unión de la mayoría de los isleños en torno a los dos hermanos, hizo que la asistencia al banquete fuese numerosa y que durante su celebración vibrara el entusiasmo y la adhesión con todo el calor que pone el canario en sus actos, cuando lo hace por propia convicción. Hay motivos por consiguiente para pensar, que en el tiempo que duró el homenaje, la satisfacción de todos no tuvo límites, desde el momento en que se llegó al convencimiento de que se había hecho un acto de justicia a quienes mirando por los intereses de la patria, le legaron tan magnífica obra.

Hablaron, en los términos más elogiosos, los señores don Juan de León y Castillo, don Domingo José Navarro, don Juan E. Ramírez Doreste don Luis y don Agustín Millares Cubas, don Carlos Navarro Ruíz, don Luis Navarro Pérez, don Juan Rodríguez Suárez, don Salvador Martín Bento, don Gregorio Chil Naranjo y don Ricardo Placeres. A la terminación de los brindis don Agustín Millares Torres, dio lectura a la poesía que da comienzo en la página siguiente:

A GRAN CANARIA

*Rasgada la flotante vestidura
en duelo amargo envuelta la mirada,
yace Canaria, inerme, abandonada,
a merced de ingrátísima rival.
El trono que tres siglos respetaron
las coronas que el mundo le brindaba,
los dones que en su seno atesoraba
todo se hundió con ímpetu brutal.
Sin tener ya confianza en su destino
perdida de sus fuerzas la conciencia,
se apagaba su mísera existencia
en brazos de agudísimo dolor.
Mas de improviso se levanta en torno
feliz, un día de esplendente gloria
y de esta isla la preclara historia
torna a brillar con vívido fulgor.
Cual sangre que circula por las venas,
cual manantial de inagotable fuente,
ábrese vías, túneles y puentes,
llevando por doquiera el bienestar.
La rada que Colón ha ennoblecido,
por las olas gigantescas azotada,
se convierte en pacífica ensenada
donde viene el marino a descansar.
Prodigiosos trabajos se acumulan
quebrantando el poder del Océano
y besa el monstruo indómito la mano
que fronteras ha puesto a su furor.
Allí acuden las naves a porfía,
y en sus aguas tranquilas se fondean,
allí en cuerdas y mástiles ondean
banderas mil de múltiple color.
Mas allá se levanta un edificio
de esbelta forma y clásico trazado
donde el morbosos germen yace aislado
sin poder nuestra atmósfera infestar.*

*Tended luego la vista hacia la playa
que arenosa se pierde en la llanura
¿no veis la luz que espléndida fulgura?
Pues esa luz los hombres va a salvar
con puentes, carreteras y lazaretos,
con vías de vapor en su camino,
con esperanza firme en su destino,
Gran Canaria triunfante marchará.
Y al tender la mirada por el Puerto
obra inmortal de inmarcesible gloria,
llena de asombro exclamará la historia
en ese Puerto el Porvenir está.
Brindemos pues por los ilustres genios
que tanta maravilla nos han dado,
por aquellos que nunca han olvidado
de su patria humildísima el rincón.
Brindemos porque nunca se amortigüe
la gratitud que nuestro pecho encierra,
por los jefes que son de nuestra tierra
por don Fernando y don Juan León.*

* * *

Fue ésta la última aparición que hizo Millares Torres en público, pues como he dicho anteriormente, desde hacía tiempo había consagrado su vida a su familia y amistades, dándoles a conocer cuanto producía su inspiración literaria y musical en el teatrillo que había instalado en su nueva casa ya terminada.

La primera velada se celebró en la noche del 21 de febrero de 1886, con la ejecución de la zarzuela «Pruebas de Amor», desempeñada por sus hijos y amigos, acompañados al piano y violín por don Bernardino Valle y Chiniestra, llegado a Las Palmas como director de la Filarmónica al fallecer su antiguo propietario don Manuel Rodríguez, y por don Agustín Millares Torres. Tres meses después, reforzada la compañía de aficionados, con la llegada de sus hijos Luis y Agustín que habían terminado sus carreras de Medicina, Derecho Civil y Canónico y Filosofía y Letras en Barcelona, con gran aprovechamiento, se representaron sus otras dos zarzuelas, «Elvira» y «Un Disfraz», desempeñadas por las mismas personas, por cuyo motivo, confortada su alma con estas expansiones artísticas que

tanto le halagaron, procedió al arreglo, en forma de zarzuela, del cuento «Tres en Una» y «Donde las dan las toman», cada una en un acto.

Más tarde escribió la letra y música de otra zarzuela llamada «Blanca», representada por sus hijos Francisca, María, Agustín, Luis y Rosa, y por sus amigos María de la Cruz Wood, Candelaria Navarro Sigala, Dolores Apolinario Macías, Sofía de la Torre Cominges, Juana Wood Quintana y Nicolás Navarro, Fernando Losada y Rafael Monzón, acompañados al piano por don Bernardino Valle Chiniestra, por don Agustín Fernández Matos, como organista, por don José Avellaneda y don Fernando Peñate como violinistas primeros, por don Rafael Avellaneda como violín segundo y por don Pedro Peñate como violoncelista. Se repitió la zarzuela durante cuatro noches, en las cuales fueron turnándose todos sus amigos, siendo tal el éxito de la misma, que pronto trascendió al público al escribir el periódico «El Liberal» lo siguiente: «la cuarta representación de la zarzuela «Blanca», que en la noche del domingo tuvo efecto en casa de nuestro distinguido amigo don Agustín Millares, alcanzó éxito tan brillante que en verdad es difícil concebirlo ni menos esperarlo, aun tratándose de aficionados cuyas dotes son excepcionales. Creíamos que ciertas escenas culminantes de aquella bellísima obra, eran interpretadas por actores consumados, subiendo de pronto nuestra admiración en el concertante del segundo acto, que causó arrebatos de entusiasmo en todo el escogido auditorio. Imposible pedir más ajuste, más precisión, más colorido. Fue sorprendente el efecto de este magnífico concertante. Todos llenaron su cometido con brillantez en los tres actos, rayando la ejecución del conjunto a gran altura».

Oyéndola, se recuerda, al decir del crítico musical don Miguel Benítez Inglott, a otros músicos dramáticos de su época, sobre todo en la primera frase cantada. Su melodía y armonía más bella y esmerada que las de la zarzuela llamada «Elvira», se acompañan de un estilo más cuidado y libre de todos los artificios puestos en uso por aquellos tiempos, aun en las óperas de más renombre. Si se observa un poco de desorden en el plan tonal y se echa de menos en sus plegarias, la fermata o roulade, o el melisma con que terminaba indispensablemente cualquier trozo de ópera, nada tiene de extraño, por cuanto era entonces muy frecuente. Todo ello indica que Millares Torres no tenía gusto por este ornamento de discutible belleza y conveniencia, ya que los que escriben pensando en que la cantante luzca mejor su voz, se limitan al arreglo del acorde sobre que descansan.

Por otra parte «El Liberal» correspondiente al día 7 de junio, decía que «partituras como «Blanca» honraban a su autor y constituían inequívocas pruebas de inspiración y ventajosas aptitudes artísticas. Todas las partes de que se compone son indudablemente piezas de notable mérito, no sólo por los pensamientos delicados que en ella se desarrollan, sino también por su brillante estructura».

Halagado por el éxito y contento porque había logrado dar realidad a sus sueños musicales, púsose a trabajar en su ópera «Adalmina», de la que tenía escrito el primer acto cuando hizo sus estudios en Madrid al lado de su maestro Carnicer. La transformó en zarzuela y fue representada también en su casa, por sus hijos Francisca, María, Luis y Agustín y por Sofía de la Torre, Rosario Doreste, Luisa Farinós, Nicolás Navarro y Bernardo de la Torre. Esta zarzuela basada en un episodio de la conquista de esta isla, contenido en su novela «Aventuras de un Converso», y que, en opinión de los críticos, es superior a las otras, se caracteriza porque sus canciones recuerdan a la forma más sencilla del lied. En ella abundan las frases que fluyen fáciles en tono de la menor, para pasar al tono de la mayor, sin más tránsito que un pequeño recitativo, por lo que siendo frecuente oír y leer que los tonos menores son los que se prestan a la tristeza, la desesperación o la melancolía, muchas veces ello no se cumple, pues en la canción del romero, una de las más hermosas e inspiradas, hay un ejemplo decisivo de que tal opinión es errónea. Cuando la melodía adquiere mayor patetismo, es precisamente en el cambio de modo. De ahí que Millares Torres debió seguramente meditar sobre algunas páginas de Schubert que recordó al componer dicha canción, pues en su estructura se hecha de ver la influencia del genial músico austriaco.

De esta manera fueron transcurriéndose los años en la paz de su hogar, hogar pletórico de felicidad y de dicha, pues supo cobijar en su derredor, después de haber sufrido profundamente la muerte de sus tres hijas, Dolores, Manuela y Francisca, el cariño y la admiración de los que vivieron con él durante su vida. María del Carmen, Luis, Agustín, Manuela, Encarnación, Francisca y Rosa, casi todos muertos mientras escribo estas líneas, dieron fe y fueron testigos de cuanto dejó dicho. Por ellos, supo luchar con denuedo en busca de un nombre que prestigiaran su patria y su casa. Parece imposible pensar, que este hombre hubiera tenido tiempo en el día para echar en olvido sus deberes para con los dos. Con su patria, sirviéndola con su talento y estudios, danzó a conocer en la prensa y en el libro, cuanto interesaba a sus paisanos y elementos extraños, publicando en «El

Liberal» los cuentos «Sola», «Un Suicidio», «Sacrificio», «La Hija del Cacique», «Ella y Yo», «Recuerdos de un Liberal», episodio de la primera guerra carlista. Esta ingente labor se tradujo en el establecimiento de relaciones literarias, con los dos ilustres hombres de letras, don Marcelino Menéndez Pelayo y don Benito Pérez Galdós y en el nombramiento y desempeño de los principales cargos directivos de las sociedades culturales de Las Palmas. Con su hogar, dulce cobijo de tantos años, porque siempre vio en su mujer la compañera que seguía por los mismos caminos que se tenían trazados, la madre amantísima de sus hijos y la amiga que le alentó



y acompañó en todos sus actos. Para ella fueron sus desvelos y atenciones, ya que con ella logró formar una familia respetada, querida y admirada, dentro de la cual sus dos hijos varones, Luis y Agustín, hicieron popularizar la firma literaria «Hermanos Millares», después de haber sido respectivamente, médico y notario prestigiosos.

Como prueba de la adoración que profesaba a su mujer, todos los días 25 de marzo de cada año, festividad de la Encarnación, le dedicaba una poesía que ella guardaba ruborosa en su caja íntima, cubierta de terciopelo, esa caja que todos tenemos escondida en la gaveta de nuestro despacho. Este año le escribió la siguiente:

*Ni tú ni yo los vemos
 y sin embargo, fieles,
 velando por nosotros
 en la penumbra están.
 Sus besos van envueltos
 en ondas silenciosas,
 que vienen nuestros labios
 sedientos a buscar.
 Rumores misteriosos
 de voces no olvidadas,
 sentimos con frecuencia
 llegar al corazón.
 Son voces que en la sombra
 nos traen dulces recuerdos
 y lo que dicen... oye....
 al saludarte hoy,
 « Unidos a la vida con lazo indisoluble
 sus hilos no ha podido la muerte quebrantar,
 si no podemos darte la dicha sin el llanto
 no temas de este mundo el rudo batallar.
 Estamos a tu lado, tus mensajeros somos,
 tus ángeles custodios que velarán por tí,
 la dulce simpatía de la familia humana
 también, madre adorada, la encontrarás aquí».*

*
* *

Dedicó sus últimos años a la publicación de su obra cumbre, la «Historia General de las Islas Canarias», cuya primera edición se imprimió en el año 1882 y la segunda en 1893, es decir, tres años antes de morir.

Esta historia cuya preparación llevaba a cabo desde años antes, trabajando con todo entusiasmo y aprovechando cuantos legajos, documentos y reseña biográfica caía en sus manos, fue escrita para que sirviera de contribución al mejor conocimiento de la historia de España. Esta obra inspirada en las exigencias de la moderna crítica, bajo un plan armónico y un estilo levantado y digno, condensa, en sus páginas, todo lo que hasta esta fecha se llevaba publicado sobre estas islas, no sólo en el limitado campo de su evolución a través de los siglos, sino en el más extenso e interesante de sus adelantos en las ciencias, las artes y las letras, pro-

gresos de su comercio, agricultura e industria y marcha de su política, gobierno y administración.

Al decidirse Millares Torres a su publicación, pensó siempre que la historia no es la obra de un solo hombre, ni una sola civilización, sino que es el producto de la labor constante de las distintas generaciones que traen al campo de la ciencia, nuevos y valiosos elementos, depurados lentamente por la controversia, la observación y la crítica. Por ello, con esta aportación valiosa, contribuyó, como un investigador más, al adelanto científico, literario e histórico de las islas Afortunadas. Es la historia de Canarias más moderna que se conoce, pues todas las que van apareciendo ampliadas y completadas por el estudio de los eruditos, no llegan a la fecha en que Millares la dio por terminada. La historia fue recibida por el público con la natural curiosidad, pues nadie se atrevió a comentar su contenido, dado el prestigio de que gozaba el autor y de su personalidad en el terreno de las letras.

Sin embargo, el clero y las autoridades religiosas quisieron repetir el incidente que se produjo, como consecuencia de la publicación de su «Biografía de Canarios Célebres», pero en esta ocasión no lo lograron, dada la tolerancia existente en los finales del siglo XIX y la comprensión de que dieron pruebas la mayoría del pueblo de Las Palmas. No renunció, por consiguiente, a copiar a continuación, las dos cartas cruzadas entre la autoridad Superior eclesiástica y el señor Millares Torres, pues ellas dieron por terminado este asunto de la mejor manera posible, ya que bastó un buen deseo de comprensión para que el incidente no trasluciera al público, ni se produjera la menor aspereza entre los firmantes.

En junio 18 del año 1894, el obispo de la Diócesis, fray José de Cueto, dirigió a don Luis Millares, hijo de don Agustín la siguiente carta:

«Valiéndome de la confianza que Vd. me inspira, paso a rogarle tenga la bondad, si ello no le sirve de molestia, de hacer presente a su Sr. padre, las siguientes observaciones acerca de su Historia de Canarias.

«Dice en la introducción de ésta, entre otras cosas, que la ciencia nos revelará algún día el origen y destino del hombre. Esto supone que aún los ignoramos. Y sin embargo, nuestra fe nos enseña que fuimos criados por Dios N. S. para servirle en esta vida y después gozarle en la eterna.

«Dice también en dicha introducción, que después de esta vida nos iremos perfeccionando en evoluciones inacabables (lo cual es

- panteísmo hegeliano puro) siendo así que el dogma católico nos hace saber, que hay después de aquélla, un término inmutable de gloria para los buenos y de penas eternas para los malos.
- «Estas dos afirmaciones de la introducción a que me refiero, deben de ser expresamente retractadas.
- «Al hablar de la Inquisición, le atribuye a ésta, entre otras cosas, el ser la causa de la decadencia de nuestra nación y que apagó el sentimiento etc. etc... cuando precisamente en la época en que más pujante estuvo el mencionado tribunal, es a saber en el siglo XVI, rayó a mayor altura nuestra patria, en todos los ramos del saber humano y se escribió con mayor libertad e independencia.
- «Supongo que su Sr. padre de Vd. no negará competencia en este escrito, al ilustre Balmes, ni ignorará que este gran sociólogo de nuestro siglo atribuye en su tan celebrada obra «El Protestantismo», la conservación de nuestra nacionalidad en el mencionado siglo XVI, al rigor con que procedió la Inquisición española contra todos los heterodoxos especialmente los protestantes. Tampoco desconocerá su Sr. padre, la excepcional competencia que en todo género de conocimientos y singularmente en los crítico-históricos, tiene el Sr. Menéndez Pelayo, ni dejará de saber la franca defensa que en su «Historia de los Heterodoxos Españoles» hace de la Inquisición, añadiendo que ha llegado el tiempo de defenderla sin restricciones.
- «No debe ocultársele a su Sr. padre, no lleve a mal le diga que ya que en uno de los últimos tomos ha publicado flaquezas de personas religiosas que no por serlas están exentas de ellas, podía haber publicado también las virtudes y buenas acciones de otras personas de la misma clase. Causa desconsuelo ver, como cierta especie de empeño en dar a la luz pública y hacer resaltar, todo aquello que pueda hacer odiosa la religión.
- «Los buenos hijos lejos de tener interés en publicar los defectos de sus padres y ponderarlos, procuran, por el contrario, guardar silencio sobre ellos, o por lo menos atenuarlos y excusarlos. Supongo que su padre no habrá apostatado de nuestra religión católica.
- «No extrañe Vd. amigo mío le haya molestado con estas reflexiones. De muy buena gana las hubiera excusado, porque soy enemigo de disgustar a nadie, pero como Vd. comprende, los deberes de un

obispo, en punto a doctrinas, son sumamente graves, extrictos y urgentes. La historia puede ocupar su lugar y lograr un éxito sin esas asperezas contra la religión y sus instituciones. Para mí sería cosa por demás dolorosa y amarga, verme precisado a prevenir, en el Boletín Eclesiástico a los fieles, en cumplimiento de un sagrado deber de conciencia. De Vd. affmo. que le bendice».

A esta carta contestó don Luis con la que sigue:

«He realizado la penosa misión de que me hizo cargo S. I. y le transcribo la respuesta de mi padre que es la siguiente:

«El año de 1882 —fíjese S. I. en esta fecha— se publicó el tomo I de la Historia de Canarias. Desde entonces hasta Marzo de 1893, en que se reimprimió y desde este tiempo hasta los días que corren, —doce años— las dos frases que se consideraron heterodoxas fueron leídas sin escándalo ni protestas de conciencias católicas, sin censura ni amonestación de las autoridades que no pueden tildarse de flojos, débiles e indoctos en el cumplimiento de sus deberes.

«Las frases que hoy se condenan, si por la forma pudieron tildarse de heterodoxas, no pueden corresponder a ideas panteístas que el autor no profesa. Por esto, sin violencia alguna, dándole a aquellas palabras la escasísima importancia que le merecen, las hubiera suprimido en la nueva edición si antes mediara ruego o simple advertencia de alguna persona eclesiástica. Pero actualmente, por lo mismo que da escasísima importancia a aquellas frases como expresión de ideas, no realizará actos que la tienen grande y grave, y sería como el de la retractación a que se refiere S. I.

«Respecto a los otros dos puntos que S. I. trata, por no referirse a verdades dogmáticas, el autor de la Historia de Canarias difiere de la opinión de S. I., pues no desconoce la importancia de los juicios de Balmes, sabe de memoria los argumentos de su amigo particular el Sr. Menéndez Pelayo, pero de buena fe sustenta su juicio acerca del tribunal de la Inquisición en España, sin pretender imponerlo a nadie, pero con derecho a formularlo y estamparlo en letra de molde y no con el derecho natural que a la exposición de la idea nos concede Dios, sino con ese otro no despreciable que le dieron treinta años de trabajos sobre tales materias y de una honradez de intención por nadie puesta en duda.

«Tampoco se considera digno de la censura de S. I. por públicas fla-

quezas de personas religiosas ocultando sus méritos y virtudes, pues si como propias de la humanidad habló de aquellos y de otros muchos, cometidos por personas militares y civiles, fue por el carácter anecdótico de que se resiente la historia de los pueblos pequeños, y nunca ocultó refiriéndose a gente eclesiástica, virtudes religiosas, méritos de patriotismo, de ciencia o de valor.

«En prueba de ello, ruega a su Ilustrísima se fije en los elogios tributados mercedamente, al Sr. La Serna, al Sr. Muros, a Fray Pedro de Córdoba, a las frases de alabanza tributadas al Sr. Vázquez de Arce, al celo evangélico de Fray Francisco de Zamora, al Cabildo Catedral con motivo de la creación de la Biblioteca y Capilla, al Sr. Ruiz de Virues, al Sr. Cámara en el juicio que le merecen las altas virtudes del Sr. García Jiménez, en lo que dice de los Jesuitas, del Sr. Dávila, del Sr. Guillén, del Seminario Conciliar, del Sr. Delgado, del Sr. Servera, y del Sr. Herrera, también hace notar porque eso lo ignora S. I. que oculto o atenúo los que mejor que flaquezas merecen llamarse debilidades y entre todos que son muchos y repugnantes, sólo cita las causas seguidas por la Inquisición al sacerdote Vaniberde y a las monjas de San Ildelfonso y al Obispo Sr. Guillén, por cosas tan torpes y vergonzosas que apenas se conciben y de las cuales sin duda se arrepintieron con el fervor divino, pues murió en olor de santidad. Cita estos ejemplos sólo para demostrar que no obró como mal hijo exponiendo a la vergüenza pública, el cuerpo de Noé embriagado, sino que fue de los que piadosamente lo ocultaron. Lo que no considera posible es suprimir o desvirtuar hechos que caracterizaron gráficamente una época, como las aventuras del Dean Alarcón, o las intemperancias del Sr. Gutiérrez, ni otros tan importantes en la pobre historia de estas islas, que tuvieron resonancia en la Corte y hasta en Roma como el suceso tristísimo de D. Antonio Mujica.

«Por último me encarga mi padre, que le salude respetuosamente y le asegure tendrá gusto grande y recibirá mucha honra, en que S. I. reconociéndole como humilde servidor, le escriba directamente cuanto en adelante pueda ofrecérsele».

*
**

De todo lo que llevo escrito, he de destacar en primer término la labor asombrosa que bajo el punto de vista cultural llevó a cabo Millares Torres,

en la segunda mitad del siglo XIX. Esta labor elogiada por todos los grandes patricios de la isla que enaltecieron su historia durante este tiempo, se agiganta a medida que van transcurriendo los años, pues no es posible, bajo el tamiz del olvido, pensar que toda esta pléyade de hombres hayan pasado por el mundo, sin dejar, como los demás, huellas de su existencia.

Para estudiar la personalidad de don Agustín, hay que hacerlo bajo puntos de vista diferentes, pues fueron múltiples las facetas que le hicieron destacar en la vida de estas islas. En primer lugar hemos de referirnos, a su insaciable afán de leer para adquirir los conocimientos básicos de su cultura, pues no hemos de olvidar que el ambiente de la ciudad y la carencia de recursos económicos, no le permitieron ponerse en relación con el que existía en la Península, donde los centros de Enseñanza estaban lo suficientemente dotados y prestigiados en beneficio de la juventud ansiosa siempre de satisfacer sus inquietudes espirituales y morales. Para obviar este gran obstáculo, puesto que sólo los elegidos por la Fortuna podían trasladarse a la madre patria, Millares Torres aprendió a traducir el francés, con el único fin de leer cuantos libros cayesen en sus manos escritos en ese idioma, ya que al parecer abundaban en las pequeñas bibliotecas particulares, y de que existían buenas relaciones mercantiles y culturales con Francia. La lectura de estos libros le despertó el deseo de adentrarse en los misterios que depara la curiosidad, cuando las ideas filosóficas de aquellos textos dejan el alma invadida por la zozobra de llegar al más allá. Este afán de leer obras escritas por hombres hechos en la contienda y que han tenido tiempo y sabido digerir su contenido, fue sin duda una de las causas que le hicieron mostrar su rebeldía, cuando alguien o algunos trataron de obstaculizar su camino. No echemos en olvido, en todo cuanto hemos dicho, que desde joven, al morir su padre, se vio en la triste realidad de tener que luchar con todo anhelo, para salvar el hogar de su madre y hermanos primero, y para constituir, más tarde, el suyo, hasta ver el surco que iban trazando cada uno de sus hijos.

Por su formación artística y por haber sido profesor de muchos elementos entusiastas de la ciudad, figuró en lugar destacado, como compositor de fácil inspiración, ocupando puesto preeminente en ella, hasta el punto de que Millares Torres, era número obligado en cuantas fiestas públicas y privadas se celebraban en Las Palmas. La sola enumeración de sus composiciones, basta y sobra para confirmar cuanto acabo de decir, pues junto a los pasodobles, himnos, marchas y valsos escritos con motivo de la división de la provincia, es decir en momentos en que era necesario

levantar el animo popular por tan trascendental resolución del gobierno de la Nación, figuraron misas en fa, do y si bemol, invitatorios de difuntos, padres nuestros, letanías en acción de gracias por la conclusión de la epidemia de cólera y por los funerales de los socios de «El Gabinete Literario», víctimas del mismo, completando su obra musical con la publicación de su obertura «La Violeta», un miserere a dos voces y otro cantado, durante las semanas santas de los años 1859 y 1864.

Con todo nos parece más importante, más propia de su alma romántica y más digna de destacarse, su producción de zarzuelas que tanto sirvieron de lenitivo a los espíritus inquietos que se cobijaban en el templo del arte, instalado en su casa de la calle de la Gloria. «Polvorín», «Un Disfraz», «Un Amor Imposible», «Blanca», «Adalmina», «El Misterio de la Vida», «Estrella» y «Amor y Celos», fueron interpretadas en el teatro Cairasco, en el Gabinete y en su domicilio, a través de los años de su existencia, por sus familiares y amigos, despertando en los indiferentes, una gran admiración hacia Millares Torres que sólo, muy pocos, por ese espíritu de indiferencia y de envidia, no supieron apreciar. Y como colofón a esta producción musical, señalaremos su ópera, en dos actos, titulada «Abnegación», escrita en el año 1890, pues el primer acto de la que escribió en Madrid durante el tiempo que cursaba sus estudios en el Conservatorio, con el nombre de Adalmina, fue convertida en zarzuela en el año 1887.

Como periodista, conferenciante y poeta, su obra fue fecunda. Basta leer los periódicos y revistas de su época, para darse cuenta de su labor incansable y entusiasta. En casi todos ellos, hay un artículo, una poesía, un folleto, una memoria o un discurso escritos o leídos con motivo de la inauguración de un centro de cultura, de un acontecimiento político, del aniversario de una fecha memorable, de homenajes a personajes nacionales y locales, o de un descubrimiento de nuestra prehistoria. Podemos añadir, que tanto en «El Gabinete», como en «El Museo», «Sociedad Filarmónica», «Económica», «Casino Republicano» y «El Liceo», dejó oír su voz apasionada y vibrante en múltiples ocasiones, la misma que había puesto en las páginas de los periódicos y revistas.

Basta exponer una relación de ellos, para darse cuenta de la gran producción literaria que brotó de su cerebro, como signo magnífico de su inteligencia clara, viril y constructiva, pues de su lectura se obtiene el convencimiento de que contribuyó de una manera especialísima al adelanto cultural de su tierra, fin primordial de su vida honesta y admirada. En todas ellas, campea su profundo amor a la verdad, base de su influencia en la

civilización canaria, aportando con su estudio y conocimientos adquiridos en la observación de la naturaleza, lo que la realidad es e impone, alejándola de las pasiones e intolerancia, que muchas veces domina el sentir de los hombres. Juventud, lozanía y si se quiere, en algunos momentos, rebeldía, brota en ellos de una manera dulce, melodiosa y quizá iugenua, pues nunca pudo desprenderse Millares Torres del espíritu romántico que le acompañó siempre y que le hizo, unas veces, responder con actitudes violentas, aun cuando imponiéndose al fin su nobleza de espíritu, supiera más tarde olvidarlas.

En prueba de cuanto digo, basta leer lo vasto de su producción, en los distintos aspectos de su vida literaria, para darse cuenta de lo ingente de su labor, al tratar de temas tan variados e importantes. Entre sus discursos mencionaremos los que dio a conocer, en las distintas sociedades de Las Palmas, con los títulos de «El Progreso Indefinido», «Las Comunidades de Castilla», «La Política de Felipe II», «La Libre Emisión del Pensamiento», «La Revolución Francesa como Punto de Partida de la Libertad Moderna», «Misión de la Mujer en la Sociedad», «Don Alvaro de Luna», «El Hombre y su Destino», «La Guerra de la Independencia», «Las Luchas de la Ciencia», «La Edad Media», «Las Ciencias y Bellas Artes en este País», «El Origen de la Especie Humana», «Calderón», «Fuentes Históricas de las Canarias», «Las Palmas en los Primeros Años de su Fundación», «La Inquisición en Canarias», «Colón en Las Palmas» y «El Origen de la Raza Indígena Canaria».

Entre sus artículos, «Drake en Gran Canaria», «La Muerte de Doramas», «El Palacio Municipal de Las Palmas», «Maynel», narración canaria, «El Parrandista», «El Hombre propone y Dios dispone», «Saint Saëns en Las Palmas», «Gloria, de Pérez Galdós», «Antigüedades Canarias de Berthelot», «El Cenobio de Valerón», y «La Estancia de Colón en Las Palmas». Entre sus folletos, «Redacción de un Viaje a Tirajana», «El Proceso de un Brujo» (extracto de una causa de la Inquisición) y el que escribió contra la campaña de prensa y de algunos políticos de Santa Cruz de Tenerife, cuando la epidemia de cólera morbo-asiático que invadió a Gran Canaria en el año 1851. Entre sus poesías, las dedicadas a «Gran Canaria», «La Libertad», «Cairasco», «La Música», «Cervantes», «Meditación», «A mi Esposa», «Ella», «La Poesía», «La Ciencia», «España» y «Lección de Amor». Entre sus estudios biográficos, los de Cairasco, Doramas, Cervantes, Cristóbal Millares, Emiliano Martínez de Escobar, y Pedro Agustín del Castillo.

Dejando aparte la serie de editoriales de prensa publicados sin su firma, recordemos la polémica mantenida, durante algún tiempo, entre los periódicos «El Canario» y «El Porvenir», cuyas direcciones llevaba sin que tuviesen conocimiento los dueños de los mismos y el buen uso que hizo de sus columnas, para publicar sus novelas, que de otra manera no hubieran llegado a ser conocidas del público. De esta manera pudieron ser leídas las que llevan por título «Jenilia», «Ángela y Federico», escrita en forma de cartas, «Harimaguada» (leyenda en verso), «Los Misterios de Canarias», «Luisa», «El Último de los Canarios. Benartemi», «Una Boda Improvisada», «Esperanza», «Eduardo Alar», «Historia de un Hijo del Pueblo», «Ella y Yo», «Aventuras de un Converso», «Tres en Una», «La Hija del Cacique», «Mi Novela», «Un Suicidio», «Canaria en 1809», su única comedia en tres actos y en prosa llamada «Una Coqueta» que fue estrenada en el teatro Cairasco en el año 1848 y el drama «La Bruja de Cambaluz». Dejó inédita la novela «Atracción», escrita en 1894.

Como historiador, aspecto de su vida el más interesante, puesto que ha sido el más y mejor conocido por las generaciones sucesivas, escribió cuatro obras famosas, ya agotadas, que se conservan en los anaqueles de las bibliotecas públicas y muchas privadas, como obras de consultas en cuantos asuntos se refieren a la historia de Canarias. Así en el año 1860, publicó su «Historia de Gran Canaria». En 1871, «Biografía de Canarios Célebres», que tanta polémica produjo en la ciudad. En 1874, su «Historia de la Inquisición en Canarias» y en el año 1882, la «Historia General de Canarias», que terminó de reimprimirse en el año 1895, es decir un año antes de morir.

Como ciudadano fue su preocupación hacerse digno de la isla que le vio nacer, contribuyendo con el cariño entrañable a su historia, elevarla a los ojos de los demás y hacerla llegar a conocimiento de los que por haber nacido en otros sitios, prestaron poca atención a su existencia. No fue político ni quiso ocupar puesto alguno en la política, para el que fue nombrado una vez, pues cuando se quiere servir con lealtad a la historia, la mejor manera de respetarla, es no juzgarla bajo el punto de vista político, razón por la que prefirió siempre formar parte de aquellos centros o entidades capaces de ejercer una función cultural. Por ello, fue profesor de Música en el Colegio de San Agustín, Seminario y Colegio de Señoritas, catedrático de la Escuela del Notariado, Socio de Mérito de «El Gabinete Literario», de la «Real Sociedad Económica de Amigos del País» y de la «Sociedad Filarmónica», fundó años antes, la primera sociedad de

este nombre en un salón del exconvento de Santo Domingo, el periódico «El Canario», del que fue director y «El Museo Canario», con otros patrios ilustres. Fue presidente de la Sección Ateneo del Gabinete y de la Sociedad «El Liceo», vicepresidente del Museo y Miembro Correspondiente de la Real Academia de la Historia.

Rodeado de todos los suyos, falleció de Bronconeumonía gripal, el día 17 de mayo de 1896, a las tres y media de la mañana, en su casa de la calle de la Gloria, cuando cumplía los setenta años.

Después de su muerte la «Sociedad Económica de Amigos del País», «El Gabinete Literario» y «El Museo Canario» y los periódicos «El Diario de Las Palmas», «El Telégrafo» y «La Patria», manifestaron su condolencia a la viuda e hijos, en los términos más cariñosos y elogiosos y pocos días después, el 29 de mayo de 1896, acordó el Ayuntamiento de la ciudad, por aclamación de sus componentes, acceder a la instancia presentada por varios ciudadanos de Las Palmas, pidiendo se honrara y perpetuara su nombre, a la calle en que nació, vivió y murió. Desde entonces, la calle de la Gloria se llama Agustín Millares.

*
* *

De cuanto acabamos de exponer, hemos de decir que uno de los hombres más ilustres de nuestro país, por las cualidades excepcionales que le enaltecieron, se extinguió con serenidad majestuosa y grandeza de patriarca bíblico, tras una larga vida consagrada al bien, a la virtud, al trabajo, al amor de familia y al de la patria. Don Agustín Millares representaba en la ciudad, el espíritu, la fe, el ideal, un ejemplo vivo de lo que pueden el entusiasmo y la constancia puestos al servicio de las ideas y una enérgica y fecunda afirmación, frente al descreimiento que existía en la misma.

Él creyó siempre, digámoslo de una vez y para siempre, y porque creyó, quiso y amó mucho, hasta el punto de que su existencia llenola por completo el amor a todo y a todos. Ostentaba un cerebro iluminado en la profunda noche intelectual en que se deslizaba el ambiente de la isla, sin dar reposo a la inteligencia, ni paz a la pluma durante los cincuenta años de sus más nobles actividades, ni siquiera en sus días postreros, en los que viejo, achacoso, casi ciego, encerrábase largas horas en su biblioteca y escribía novelas para entretener a su familia.

Jamás falleció ante las adversidades, ni ante los desencantos e ingrati- tudes, pues llegó a la ancianidad proclamando la libertad del artista para producir su obra, procuró evadirse de la realidad prosaica, aun teniendo

muchas veces que llorar la imposibilidad de sus fantasías y rindió culto al amor, al paisaje, y a la patria, cantándolos con todo entusiasmo, ya que el arte no es instrumento de educación, sino vehículo de los sentimientos del creador. Es decir, todo un romántico, en un medio ambiente, donde la juventud perdió el gusto y la esperanza y donde la justicia de los hombres, pobre de conceptos, al desarrollarse en un campo obligadamente limitado, dejó pasar a la de Dios, que es en fin de cuentas la que guía, llevándonos por el camino de la verdad, radicando ésta precisamente, en el trabajo de cada día, en aquel trabajo que nos permite ganar el pan con el sudor de la frente y nos deja tiempo para transmitir a nuestros hijos, nuestros propios pensamientos.

Hombre de grandes facultades, formado por un solo esfuerzo fue todo lo que se propuso ser. No conoció el ocio, pues hasta los dulces y plácidos vagares que su profesión y la literatura le permitían, empleábalos en sus recreaciones del espíritu, de las que participaba su familia amantísima en una encantadora intimidad, a la cual se asociaban algunos iniciados, en aquellas veladas en que el gran patricio, con su talento y espíritu eternamente jóvenes, ejercía en torno suyo seducción irresistible. Todo lo animaba por sí mismo, bien poniéndose al piano para ejecutar sus composiciones musicales, bien leyendo sus poesías o capítulos de novelas que tenía entre manos, o fragmentos de su Historia de Canarias, bien ensayando zarzuelas por él compuestas, o departiendo brillantemente a propósito de temas literarios, históricos y filosóficos.

Fue pues historiador, poeta, novelista, músico, publicista y notario. Trabajaba afanosamente en su oficio y le sobraba tiempo para cultivar sus aficiones, produciendo sin descanso. Vivía exclusivamente entre los suyos, comunicándose con ellos, haciendo de sus hijos sus confidentes, sus colegas, sus hermanos intelectuales, trabajando en común, gozando el placer supremo de ser comprendido y amado por los seres de su predilección, ya que los de afuera acaso no le comprendían. Pudo haber reunido una buena fortuna y su honradez y puritanismo le estorbaron para ello; pudo haber ocupado las más altas posiciones y su modestia impidióle alcanzarlas.

Su nombre e iniciativas van unidos a un gran número de obras y de empresas meritorias. Su voz resonaba en todas las solemnidades, hasta el punto de que no se podía hacer nada en la ciudad, sin contar con él, pues era el cantor de las alegrías patrias, el alma de las expresiones públicas, el principal elemento de las fiestas literarias. Su casa estaba abierta, de par en par, al pensamiento moderno que se colocaba en ella, por todas partes,

en luminosa inundación. No había obra nueva que el no hiciese venir para enriquecer su biblioteca, ni nueva partitura que no adquiriese, ni revista o enciclopedia que no comprase. Fue en resumen Millares Torres, el más fecundo de los escritores canarios, sin que el tiempo y las nuevas generaciones hayan querido perpetuar su labor inmensa en una estatua que hiciera recordar su paso por este mundo. Al fin y a la postre, el Ayuntamiento de aquel año, en un acuerdo merecido, hizo grabar su nombre en la casa en que nació, vivió y murió, entregando, sin temor alguno, su nombre a la posteridad, porque figuras como la de Millares Torres, han tomado en la historia, contornos de eternas estatuas.

SE ACABÓ DE IMPRIMIR EN ENERO DE MIL NOVECIENTOS SESENTA
EN LOS TALLERES TIPOGRÁFICOS «MINERVA»
LAS PALMAS DE GRAN CANARIA